

# CRISTIANIDAD

Año XXXII-NÚMEROS 552-553

B A R C E L O N A

FEBRERO - MARZO 1977

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



# LA VIRGEN

---

## DE

---

# GUADALUPE\*

La Virgen de Guadalupe, en Méjico, se identifica con la substancia de la patria. Presidió el nacimiento de nuestra nacionalidad. Aceleró la propagación del Evangelio. Fue lábaro de nuestra independencia. Congrega en tumultuoso plebiscito a todas las almas y conquista el respeto o la ternura aun de los descreídos y renuentes. Ella ha amparado y reverdecido nuestra fe después de más de un siglo de ataques insidiosos o brutales. A ella van nuestras lágrimas, nuestras alegrías, nuestras esperanzas. Ella es emblema autóctono, negación de exotismos desintegradores, vínculo sumo de unidad nacional. En los cimientos del Tepeyac están los cimientos de la Patria.

Pero la Madre y Patrona de Méjico es también, por viva instancia de los países indoibéricos que el santo Pío X sancionó en 1910, Madre y Patrona de toda la América hispana. Pío XI, en 1935, incluye en el patronato a las islas Filipinas, hondamente vinculadas con el mundo español. Y en 1945 Pío XII la proclama a boca llena Emperatriz de América. Y —sin contar repercusiones impensadas y sorprendentes en el corazón de los

Estados Unidos, y de Francia, y de otros países ilustres —en 1950 la vieja madre de la stirpe, al coronar espléndidamente en Madrid a nuestra Virgen de Guadalupe, coronó espléndidamente el ciclo de esa expansión providencial. El sentido histórico del mensaje cobró así su plenitud.

Porque Juan Diego no era sólo Juan Diego, sino la desvalida encarnación de todas las razas aborígenes. Zumárraga no era sólo Zumárraga, sino la ardiente personificación de todos los evangelizadores hispanos. Y las rosas de Castilla expresaron la policromía de sus jugos, símbolo de la savia toda de España, para embeberse en el ayate del indio, fundirse con él y estampar en sus fibras, transfiguradas y extasiadas para siempre, la imagen celeste de María. Y por eso el milagro de Santa María de Guadalupe maravillosamente simboliza, resume y señorea este humano milagro de la Hispanidad. Y ambos portentos, lejos de encerrarse en un ámbito exclusivo, se dilatan por todos los horizontes y abren los brazos en un anhelo universal —católico— de amor.

\* Año Cristiano BAC.

# HISPANOAMERICA

El P. Francisco Segura, S. I. sorprendía frecuentemente a amigos franceses hablando, con afectada naturalidad, del *Canadá latino* o de los *Latinocanadienses*. La sorpresa de su interlocutor servía de argumento para mostrar como un sinsentido la expresión *América latina* o la de *pueblos latinoamericanos*.

Este lenguaje inadecuado y equívoco no solo desdibuja el hecho de que fueran Portugal y España los protagonistas de la empresa que expansionó la Cristiandad occidental por primera vez a un ámbito planetario, sino que sirve para ocultar a aquellos pueblos la autenticidad de su ser histórico y de su misión en el mundo.

Aquellos pueblos de «raza cósmica», descendientes de antepasados indios y celtibéricos, de religión católica y de lengua castellana o portuguesa —hispanica— constituyen, con los pueblos de Portugal y de España —y también con los de Filipinas, a pesar de la desgraciada absorción lingüística efecto de la dominación en que cayeron a pretexto de independizarse de España— una familia cuyo nombre propio es el de *Hispanidad*.

Los países americanos miembros de esta familia hispánica no pueden aceptar en el mundo cristiano occidental, que tantos llaman hoy, con nombre «secularizado», el Occidente, un papel de epígonos o de países sometidos.

Tampoco podrían considerarse incorporados a este mundo cultural precisamente a través del proceso de derrota de su empuje genial y originario. No pueden considerarse nacidos al Occidente precisamente por aquello que les llevó a ser, en un sentido verdadero y trágico, «colonizados» por quienes menos eran capaces de comprender sus valores y sus ideales.

Pueblos que, con anterioridad a la revolución industrial, al liberalismo parlamentario que fue su expresión política, y al imperialismo de las oligarquías dirigentes del mundo liberal, estuvieron dotados de universidades y catedrales, y vieron florecer el heroísmo, la sabidura, y la santidad, están hoy tentados por la opción entre los ideales del Occidente liberal y capitalista, o el enfrentamiento contra éste con sentimientos de «tercer mundo» e ideología marxista. La tentación se extiende incluso a lo religioso por la desconcertada y deletérea «teología de la liberación».

El falso dilema es expresión de la pérdida del sentido de su historia que, al modo como ocurrió también en España, fue efecto de la «ilustración» desarraigada de algunos núcleos dirigentes desde el siglo XVIII.

La separación respecto de Portugal y de España, la llamada «independencia» de los pueblos hispanoamericanos, fue en lo social y económico el punto de partida de su absorción de hecho en el imperio de los pueblos anglosajones, y de su penetración en lo cultural e ideológico por el espíritu de la Francia revolucionaria.

Capitalismo, liberalismo e imperialismo son hechos sociales íntimamente conexos con la hegemonía mundial de aquellas potencias protestantes cuyo engrandecimiento se realizó a costa de la decadencia del mundo hispánico. Por esto las pretendidas clases dirigentes que asimilaron aquellas ideas, y posteriormente las del positivismo francés o anglosajón, han venido a ser algo así como un «proletariado interno» de una civilización que absorbió el mundo de las «ínclitas razas ubérrimas sangre de España fecunda».

Cuando Monroe formulaba su doctrina: «América para los americanos», no sólo apoyaba la transformación de los virreinos y capitanías generales de historia heroica y caballeresca en dependencias aburguesadas del capitalismo anglosajón, sino que preparaba la futura historia de la conquista del oeste hispánico por los Estados Unidos, trágicamente consumada en la segregación de la mitad del territorio de la nación mejicana.

También Puerto Rico fue, con Filipinas, el precio de la «libertad de Cuba». Las actitudes de desprecio y discriminación racista hacia mejicanos y portorriqueños son expresión de la hostilidad que sienten los injustos dominadores hacia aquellos a quienes han dañado con engaño y violencia.

En la historia la Providencia escribe derecho con renglones torcidos. Hemos visto después surgir el resentimiento contra los norteamericanos en aquellos pueblos, que incluso ha sido en ocasiones inicialmente alentado en lo ideológico por el desintegrador izquierdismo anglosajón. Así ocurrió con el castrismo, que buscaba su fuerza precisamente en la invencible y profunda hostilidad contra los «*potentes y grandes Estados Unidos*».

Hispano-América no puede ser «un Tercer mundo» una vía media entre capitalismo y socialismo marxista. Porque el capitalismo en su inspiración liberal y capitalista y el socialismo materialista se mueven en una misma dialéctica revolucionaria, y es desorientado buscar síntesis en su mismo terreno.

Nuestro mundo cuya fuerza espiritual y cuya profundidad cultural están cronológicamente antes y espiritualmente fuera de esta tensión dialéctica, ha de afirmarse en su tradición política y social, fundada en el orden natural que expusieron sus grandes teólogos, y reavivar así su presencia católica en el mundo contemporáneo.

Vitalmente conexa con esta actitud está la conciencia de su tradición originaria y de la fecundidad creadora de sus verdaderos fundadores.

La hidalguía de herencia hispánica fundida con la sangre indígena tienen que ser la fuente permanente de su autenticidad. Hernán Cortés y Pizarro, el indio Juan Diego que recibió la visita de la Madre de Dios, y

Junípero Serra, el franciscano por quien las grandes ciudades de California llevan el nombre de los altares de una pequeña iglesia del pueblo de Mallorca, tienen más que ver con su presente y con su futuro que otros nombres tópicamente invocados.

Todas las incorporaciones culturales y técnicas han de ser utilizadas para el desarrollo y el progreso de aquellos pueblos, pero no podrían suplantarse la corriente profunda de aquella herencia.

El carácter vacío e ineficaz de las consignas panamericanas, o de las políticas de buena vecindad o de alianza para el progreso, pueden explicarse desde la inadecuación entre los ideales propuestos y el sentimiento auténtico de los pueblos hispanoamericanos. Éstos deben renovar hoy sus grandes ideales históricos buscando realizar los sueños que expresó Rubén Darío en su «Salutación del optimista».

No tienen por qué optar entre entusiasmarse por las multinacionales y la tecnocracia o enfrentarse al mundo occidental poniéndose al servicio de la tiranía comunista.

Ningún materialismo, ni el de los positivismos y utilitarismos del Occidente secularizado, ni el que inspira la dialéctica y la comprensión marxista de la historia, tienen por qué tentar a los «cachorros sueltos del león español». Contra unos y otros pueden decir los «hispanos» de todo el planeta: «y pues lo tenéis todo, os falta una cosa: Dios».

Para nosotros, quiero decir para los pueblos españoles de esta península Ibérica, la conciencia de la grandeza histórica de la creación de la Hispanidad y de su misión en el mundo de hoy, es también urgente y salvadora. El más genial poeta catalán *Mossèn Jacinto Verdaguer*, cantó en *La Atlántida* —el poema que inspiró a Manuel de Falla— la empresa de que nació la Hispanidad: «Ve al Ángel de España, hermoso y bello, que ayer cubrió Granada con sus alas de oro, ensancharlas hoy como cielo estrellado, y hacer de la amplia tierra su manto. Ve rebrotar en otro hemisferio el árbol de la Cruz con el imperio español, y reflorar el mundo a su sombra, y encarnarse en él sabiduría celeste».

...veu á l'Angel d'Espanya, hermós y bell,  
que ahí' ab ses ales d'or cubrí a Granada,  
aixamplarlas avuy como l'estelada  
y ferne l'ampla terra son mantell.  
Veu morgonar ab l'espanyol imperi  
l'arbre sant de la Creu á altre hemisferi,  
y 'l món á la seva ombra refflorir;  
encarnarshi del cel la sabiesa...

FRANCISCO CANALS VIDAL

# EL DIA DE LA HISPANIDAD

LUIS COMAS ZABALA

**«El 12 de octubre, mal titulado el Día de la Raza, deberá ser en lo sucesivo el Día de la Hispanidad». Con estas palabras encabezaba su extraordinario del 12 de octubre último un modesto semanario de Buenos Aires, EL ECO DE ESPAÑA. La palabra se debe a un sacerdote español y patriota que en la Argentina reside, don Zacarías de Vizcarra...»**

Estas líneas figuran en las páginas iniciales de la obra de Ramiro de Maeztu, «Defensa de la Hispanidad». El hecho de que el gobierno presidido por el General Primo de Rivera, nombrara embajador español en Buenos Aires al ilustre escritor alavés, fue la ocasión providencial para que el embajador Maeztu y el sacerdote Vizcarra, residente en la capital argentina desde hacía ya bastante tiempo, se reconocieran, trabándose entre ambos una íntima amistad. El propio Zacarías de Vizcarra, al añadir un apéndice a su libro, «Vasconia Españolísima», donde reproduce el «Himno de la Hispanidad», lo dedica, según sus propias palabras, «como homenaje al mártir de la Hispanidad, Ramiro de Maeztu, en quien hallaron el primer eco entusiasta y el primer teorizador eminente las ideas que, sobre el concepto de Hispanidad, le había expresado de palabra en Buenos Aires y había publicado por escrito en varios periódicos de aquella metrópoli hispanoamericana».

Zacarías de Vizcarra y Arana había nacido en Abadiano (Vizcaya), en 1879. Era el mayor de una familia de siete hermanos. Muy joven, ingresó en la entonces recién creada Universidad Pontificia de Comillas, donde se doctoró en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, ordenándose sacerdote en 1906. Tras ejercer la docencia de Teología en el Seminario de Vitoria, por espacio de seis años, se traslada, en 1912, a Buenos Aires, donde reside hasta el año 1937. Después de una breve estancia en Varsovia como asesor de la Nunciatura Apostólica, vuelve a residir en España. En 1947 es consagrado Obispo Consiliario de la Acción Católica Española, cargo que ocupó hasta su fallecimiento en 1963.

Quienes tuvieron ocasión de conocer a Monseñor Zacarías de Vizcarra recuerdan, no sólo una característica cadencia al hablar, herencia de su larga permanencia en tierras argentinas, sino, sobre todo, su enorme estima hacia esta nación hispanoamericana, a la que consideraba como su segunda patria; amor que se traslucía tanto en un siempre atento interés a las noticias que de allí le llegaban, como en el vivo recuerdo que guardaba de su labor apostólica entre las gentes de aquella República. Para mejor comprender su pensamiento, no se deben olvidar las circunstancias particulares entre las que se desarrolló esta labor, como bien señala Maximiano García Venero, en su glosa al libro antes citado, «Vasconia Españolísima»: «En los años diez y en los años veinte la influencia de inmigrantes europeos al Plata produjo una acumulación de etnias, creencias morales y religiosas y lenguas que constituía auténtico magma. No faltaron, por cierto, elementos que provenían del Asia Menor. Tendrían que transcurrir un par de generaciones para que el aluvión fuera asimilado por el idioma y el espíritu esenciales y fundacionales de Argentina».

«Vizcarra demostró —prosigue García Venero— gran lucidez, el elegir esa tarea, tanto religiosa como civil. Existían, por lo demás, en Argentina como en Uruguay, fuertes corrientes de ideologías desnaturalizadoras del espíritu nacional. En primer plano, por el ímpetu y la fuerza numérica, actuaba el anarquismo, seguido a considerable distancia por el marxismo. El Plata fue, durante largos años, la tierra prometida para los ácratas europeos. El objetivo del autor de este libro, consistió en mantener, sobremanera, el es-

píritu de solidaridad nacional de los inmigrantes españoles y su armónica convivencia con los argentinos de origen». Al contacto con esta problemática social, en el estudio y en la reflexión, a la luz de la Fe, de los acontecimientos históricos que tienen como punto de partida el 12 de octubre de 1492, es como va forjándose, en la mente del sacerdote vizcaíno, el concepto de Hispanidad.

El término Hispanidad lo tomó de aquellos versos del gran poeta español del S. IV, Aurelio Prudencio:

«Hispanidad es bandera  
de igualdad en la hermandad  
y unidad en la verdad».

El mismo Aurelio Prudencio, en el poema contra Símaco, canta la misión universalista del Imperio Romano: «¿Quieres saber, pueblo romano, la verdadera causa de tus trabajos, la verdadera razón de la gloria, que ha sojuzgado a tu freno al orbe entero? Los pueblos hablaban diferentes lenguas, los reinos tenían distintas religiones. Dios quiso hacer de ellos una sociedad, someter sus costumbres a un solo imperio, uncir su cuello a un mismo yugo, a fin de que la religión del amor acercara los corazones de los hombres; porque no puede hacer unión verdadera digna de Cristo, si no anima a todas las naciones un solo espíritu. Entonces sí que cesarán las riñas y las armas y reinarán la concordia y la adoración del Padre benignísimo de todos, y prosperará el mundo». Si el poeta español canta de este modo admirable los planes de la Providencia de Dios sobre la misión de Roma y su Imperio, ¿de qué modo, también singular, no hubiera cantado las excelencias de la aventura misionera, desplegada por los pueblos hispánicos, de la Península Ibérica, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo? España y Portugal, unidas desde 1580 hasta 1640, y antes y después de estas fechas, despliegan un maravilloso esfuerzo misionero, de forma que todos los pueblos de América les deben su civilización. Y como dice Maeztu: «La civilización no es una aventura. Quiero decir que la comunidad de los pueblos hispánicos no puede ser la de los viajeros de un barco que, después de haber convivido unos días, se despiden para no volver a verse... No se trata de una adhesión circunstancial, sino de una comunidad permanente».

No olvidemos tampoco que la acción de España, en su Siglo de Oro, no se circunscribe única-

mente a la tarea, en sí ya grandiosa, de la evangelización de América. Toda España estaba convencida de que Dios le había confiado la misión de defender en Europa el catolicismo, contra los turcos y herejes y de propagarlo entre los infieles del mundo recién descubierto. Como destaca también Maeztu: «no había entonces español educado que no tuviera conciencia de ser España la nueva Roma y el Israel cristiano».

Ante los ojos del espíritu de Zacarías de Vizcarra se presenta este paralelismo entre la misión de Roma y la de España, heredera de Roma. Los mismos conceptos universalistas, antirracistas, igualitarios y apostólicos, reflejados en los poemas de Prudencio sobre Roma, ve que deben aplicarse a la tarea histórica que España realiza en su Siglo de Oro. Como dice en su libro ya citado, «Vasconia Españolísima»: «Al cantar Prudencio la misión universitaria del Imperio Romano, siente inconscientemente, en su corazón español, el espíritu y esencia del futuro Imperio Espiritual de la Hispanidad». He aquí el origen y el por qué de la palabra Hispanidad. Y como hace notar también Ramiro de Maeztu: «Si el concepto de Cristiandad comprende y a la vez caracteriza a todos los pueblos cristianos, ¿por qué no ha de acuñarse otra palabra, como ésta de la Hispanidad, que comprenda también y caracterice a la totalidad de los pueblos hispanos?»

En el año 1917, durante la estancia en Argentina del sacerdote español, el gobierno de aquella nación hispanoamericana estableció la fiesta cívica del 12 de octubre, por medio de un decreto que considera el descubrimiento de América como el acontecimiento de más trascendencia que haya realizado la humanidad a través de los tiempos y en el que se encomia, en grado sumo, el genio hispano y la tarea de España que «obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal que debemos de afirmar y mantener con jubilo reconozcimos», según reza textualmente en uno de los considerandos de dicho decreto.

A don Zacarías de Vizcarra le parecía muy poco acertado el nombre elegido para celebrar dicha fiesta, *Día de la Raza*, pero sobre todo echaba en falta el reconocimiento del carácter religioso que encierra la fecha del 12 de octubre. Esto es lo que expuso y defendió en numerosas ocasiones, de palabra y por escrito. Por eso, cuan-

do en 1933, el Episcopado Argentino, colectivamente, resuelve que, en dicha fecha, puede celebrarse la Misa Votiva solemne de la Santa Cruz, así como autoriza que pueda cantarse o rezarse solemnemente el «Te Deum»; nuestro compatriota se alegra, en lo más íntimo de su ser, al ver ya iniciada la marcha hacia dicho reconocimiento.

Con este motivo, publica una obrita titulada «La Vocación de América», en la que comenta la resolución del Episcopado, para contribuir a una mejor comprensión de la finalidad y carácter de la nueva fiesta litúrgica; al mismo tiempo ordena, en dicha obrita, las ideas principales publicadas en la prensa periódica, durante los años anteriores.

Así manifiesta su alegría: «Las causas razonables, tarde o temprano, acaban por triunfar. Gracias sean dadas a nuestro Divino alvador, a cuya mayor gloria contribuirá en adelante el recuerdo anual del don de la fe, traído el 12 de octubre al Nuevo Mundo por los mensajeros providenciales del Evangelio, al mismo tiempo que los pueblos favorecidos con beneficio tan inestimable se afirmarán más y más en la Santa Religión que heredaron de sus mayores».

Es en ese mismo año, 1933, el día 12 de octubre, cuando en el número extraordinario del semanario EL ECO DE ESPAÑA, reclama para esa fecha el nombre de *Día de la Hispanidad*, conforme ha quedado indicado en la cita de Maeztu que encabeza este artículo. El admitía que dicha fiesta pudiera titularse *Día de la Raza*, si con esta palabra, no se entendía *raza física* sino «el *tipo nuevo de humanidad* modelado en nuestro continente con la mezcla de sangre, cultura, religión, lengua y tradiciones de los pueblos ibéricos, de la misma manera que el Divino Maestro llamaba *raza de víboras* al tipo humano representado por los orgullosos fariseos».

Pero era normal que este nombre, *Día de la Raza*, le pareciese inadecuado, pues podía dar lugar a una mala interpretación, sino se matizaba su sentido; y además, no mostraba, en su plenitud, toda la riqueza espiritual que el acontecimiento histórico del descubrimiento del Nuevo Mundo lleva consigo.

En este punto, consideraba que así como la festividad de la Epifanía es el *Día de la Vocación de los Gentiles* del Viejo Mundo al reino de Cristo, en la persona de los Reyes Magos, y se celebra con gran solemnidad; la fecha del 12 de octubre había que entenderla como el *Día de la Vo-*

*cación de América* a la Fe de Cristo y al seno de la Iglesia Católica, y que por consiguiente, a esta segunda Epifanía, en que fue llamada al reino de Cristo la gentilidad de la mitad desconocida del mundo, debía corresponderle su propia y solemne celebración litúrgica.

Para Zacarías de Vizcarra, «el 12 de octubre no es solamente el comienzo de la era en que se llevó acabo la evangelización de todo un mundo». En una interpretación teológica más profunda, consideraba este acontecimiento histórico como el principio del cumplimiento del anuncio del profeta Malaquías. «El profeta Malaquías había anunciado a los sacerdotes judíos que llegaría un tiempo en que los sacrificios judaicos serían abolidos por Dios y que, en su lugar, se ofrecería a su nombre un sacrificio puro, no únicamente en Jerusalén, como entonces, sino en todas las naciones del mundo, desde donde sale el sol hasta donde se pone».

«Decía así, en nombre de Dios, el profeta Malaquías a los sacerdotes hebreos: «*No tengo mi complacencia en vosotros, dice el Señor de los ejércitos, ni aceptaré ofrenda alguna de vuestra mano. Porque, desde donde nace el sol hasta donde se pone, es mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mío una ofrenda pura. Porque grande es mi Nombre entre las naciones*» (Malaquías, I, 10-11).

«El cumplimiento de esta profecía, en que se anuncia la celebración del sacrificio de la Misa en el mundo entero, fue muy incompleto hasta la época iniciada el 12 de octubre, con el descubrimiento de más de medio planeta, con los continentes e islas de América y Oceanía, donde no se celebraba hasta entonces dicho sacrificio».

En la lectura de estos párrafos de su obra citada, «La Vocación de América», se advierte que para Zacarías de Vizcarra la fiesta del 12 de octubre tenía un carácter eminentemente eucarístico. El Episcopado Argentino, como ya hemos indicado, inicia la marcha hacia el reconocimiento del carácter religioso de la fecha y en esta iniciativa se adelanta a las demás naciones hispanoamericanas. Esto sucedía en el año 1933. Al año siguiente, 1934, Buenos Aires va a ser testigo de un acontecimiento excepcional, el XXXII Congreso Eucarístico Internacional. Y las fechas de su celebración van a coincidir con el Día de la Hispanidad. El sacerdote español considera providencial esta coincidencia, como señala en su pequeño libro: «ha sido providencial que los orga-

nizadores del futuro Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires hayan resuelto celebrarlo el año que viene, en esa misma fecha, sin haber pensado quizá en su especial significación eucarística». Por cierto que, con motivo de dicho acontecimiento, el Cardenal Gomá, Primado de España, pronunció un importante discurso, en la capital argentina, en él utilizó el término de Hispanidad y se refirió al concepto que esta palabra encierra, en el mismo sentido que tanto Vizcarra como Maeztu lo entendían.

Con la mirada puesta en los frutos que cabe esperar de las conmemoraciones anuales del Día de la Hispanidad, piensa don Zacarías de Vizcarra, y así lo manifiesta en la pequeña obra que estamos comentando, que: «debería aprovecharse la fiesta del 12 de octubre, para ir demoliendo poco a poco, por medio de conferencias y publicaciones, la injusta *leyenda negra*, que enloda la memoria de los fundadores de nuestros pueblos, de los primeros artífices de nuestra cultura, de los forjadores de nuestro carácter, costumbres y tradiciones, de los constructores de nuestras ciudades, de los arriesgados exploradores de nuestro suelo, de los fundadores de nuestras iglesias, de los hombres heroicos que abrieron, en todos los órdenes, los cimientos sobre los cuales fue posible edificar sólidamente la Patria». Al expresarse así, se considera un argentino más; tal vez, para persuadir mejor a sus lectores; tal vez, sobre todo, porque considera que son tan fuertes y de orden superior los lazos que unen a españoles y argentinos, en esa comunidad espiritual que es la Hispanidad, que la diferencia es simplemente accidental. Ya lo dice Maeztu: «Nuestra comunidad no es racial, ni geográfica, sino espiritual. Es en el espíritu donde hallamos al mismo tiempo la comunidad y el ideal».

El sacerdote Vizcarra había podido percatarse, a través de un buen conocimiento de la realidad argentina, fruto de su larga estancia en aquellas tierras, cómo algunas personas creían y así obraban en consecuencia, que, al sembrar odio a todo lo español, contribuían, de este modo, a *hacer patriotismo* y a *fortalecer el amor a la Patria*. Por eso, él lucha con todas sus energías, en sentido contrario. En mostrar, históricamente, a la luz no sólo de la razón, sino también a la luz más poderosa de la Fe y la revelación divina, que una comunidad espiritual nos une; y le dio el nombre de Hispanidad. Y que la felicidad de los pueblos que la formamos reside en volver al espíritu y al ideal que alentó a aquélla.

Extenso es el tema del por qué y el cómo de la *leyenda negra*, al igual que el demostrar sus múltiples falsedades. Igualmente lo es, el estudio histórico de la separación de América de España y la independencia de cada una de las repúblicas hispanoamericanas. Únicamente quiero destacar un párrafo de Ramiro de Maeztu, en su libro «Defensa de la Hispanidad»: «En general los hispanoamericanos no se suelen hacer cargo de que lo mismo su afrancesamiento espiritual, que su sentido secularista del gobierno y de la vida, que su afición a las ideas de la Enciclopedia y de la Revolución son herencia española, hija de aquella extraordinaria revisión de valores y de principios que se operó en España en las primeras décadas del siglo XVIII y que inspiró a nuestro Gobierno desde 1750. Y es que los libros escolares de Historia no suelen mostrarles que las ideas y los principios son antes que las formas de gobierno». Se impone, por tanto, una tarea, ya emprendida, de defensa de la verdad histórica y de interpretación correcta de las causas que motivaron el debilitamiento del espíritu de la Hispanidad. Es necesario y no debe abandonarse.

¿Cuál es el futuro de la Hispanidad? ¿Qué cabe esperar de ella? Sólo Dios lo sabe. En estas horas de inquietud, en las que muchas almas caen en la apostasía, en las que el ateísmo es un fenómeno, por desgracia, generalizado, en las que el laicismo domina la vida de la sociedad, en las que cada vez son más numerosos quienes trabajan en una perversa aspiración de construir un humanismo centrado, exclusivamente, en el hombre..., una esperanza se presenta cada día más firme: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. («Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn. 10, 16).

Pensamos con Maeztu que: «Los grandes españoles fueron los paladines de la hermandad humana... Esta es una idea que ningún otro pueblo ha sentido con tanta fuerza como el nuestro». También él abrigaba la fe de que todo el género humano debe acabar por constituir una sola familia. Por eso estimaba necesario que «la Hispanidad crezca y florezca y persevere en su ser y en sus caracteres esenciales, porque sólo ella ha demostrado vocación para servir este ideal».

# LA CONVERSION DE AMERICA EN LA PROFECIA DE ISAIAS

En la pequeña obra «La Vocación de América. Finalidad y carácter de la nueva fiesta litúrgica del 12 de octubre, instituida por el Episcopado Argentino en 1933», de Zacarías de Vizcarra, una parte de la misma se dedica al tema: América y la Sagrada Escritura. El autor señala los dos lugares principales de la Sagrada Escritura, que, según respetables intérpretes, se refieren a la conversión de América: la profecía de Abdías y el capítulo XVIII de Isaías. Reproducimos, a continuación, el capítulo de la obra citada que se refiere a este último.

No es pequeño mérito del sabio y piadoso Obispo de Burgos, don Pablo de Santa María, que murió en 1435, es decir, más de medio siglo antes del descubrimiento de América, el haber dejado escrito que ninguna de las explicaciones dadas hasta entonces al capítulo XVIII de Isaías era aceptable, y que a él le parecía que allí estaba profetizada la futura conversión a la fe católica de algunas naciones desconocidas. No era posible ir más allá, en su tiempo. Lo raro es que fueran tan pocos los que hubiesen visto luego lo mismo, aun teniendo en su mano el dato del descubrimiento y conversión de tantos pueblos desconocidos.

Por su parte, Fray Luis de León alega razones poderosísimas, para probar que debe entenderse del grandioso acontecimiento que conmemoramos el 12 de octubre, porque nadie, hasta ahora, ha dado otra explicación satisfactoria del mismo, como lo confiesan todos los intérpretes antiguos y modernos, y, por otra parte, tiene sentido profundo y coherente, si se aplica a la conversión del Nuevo Mundo, hecho que no parece indigno de que Dios lo mostrara a Isaías, el profeta más ilustre, y casi evangelista, del Mesías que había de venir.

A esta profecía no le puso Isaías ningún encabezamiento que indicase a quien se dirige, aunque se lo había puesto a las profecías similares de los capítulos que le preceden y siguen. *Duro anuncio contra Damasco, comienza el capítulo anterior. Duro anuncio contra Egipto, dicen las primeras palabras del capítulo siguiente.* En cambio el capítulo 18 comienza, sin exordio ni encabezamiento, con un apóstrofe conmovido, que se inicia con un ¡Ay!, que, como dijo Fray Luis de León, y lo confirma A Lápide con graves testimonios, no es, en el original, una amenaza, sino una inter-

jección de entusiasmo. Lo mismo nota modernamente Trochon (La Sainte Bible, Isaie, capítulo XXVIII): «*El Vae (Ay) no es aquí una expresión de amenaza, sino una interjección destinada a llamar la atención sobre lo que sigue*». Se trata pues, de un asunto, importante y enteramente distinto de lo que le precede y sigue. Dice el primer versículo:

«*¡Ay la tierra, címbalo alado, que está a la otra parte de los ríos de Etiopía (en original hebreo, de Chus), la cual envía embajadores por mar, en barcos de papiro sobre las aguas!*»

¿De qué tierras se trata? Los intérpretes han dicho cosas contradictorias y del todo increíbles. Los unos dicen que se refiere a Etiopía; pero, ¿cómo puede ser Etiopía la tierra que está a la otra parte de los ríos de Etiopía? San Jerónimo y otros muchos intérpretes rechazan tal explicación. Por otra parte, el texto original dice a la otra parte de los ríos de Chus, que no se aplica sólo a Etiopía, sino también a toda África.

Otros dicen que se trata de Egipto. Pero, ¿acaso está Egipto más allá de los ríos de Chus? ¿No está precisamente más acá que los ríos de Chus, si por Chus entendemos solamente la Etiopía, mirada desde la Judea, y, si por Chus entendemos el África, no está el Egipto dentro de ella? Además, el capítulo siguiente comienza con las palabras *Duro anuncio contra el Egipto*. ¿Es creíble que no haya querido nombrar a Egipto en el capítulo anterior, y que lo nombre con todas sus letras inmediatamente después?

Tenía, pues, razón el Burgense, es decir, Pablo de Santa María, para afirmar que esto, con todo lo que sigue, no podía referirse ni a Etiopía, ni a Egipto, ni a ninguno de los otros pueblos mencionados por los intérpretes. Lo que no sospechaba era que, en el anuncio indescifrable, se

hablaba de su misma patria, y de las tierras a donde ella había de ir, como embajadora y mensajera veloz del Evangelio. Esto lo vio por primera vez Fray Luis de León, y a mi humilde parecer, con mucha razón. España, que está evidentemente más allá de los ríos de Chus, mirándola desde la Judea, fue realmente el *címbalo alado* que llevó el eco sonoro del Evangelio y de la civilización cristiana, en frágiles barquichuelos de vela, que parecían volar sobre las aguas, con grandes y blancas alas de lona, verdaderos *barcos de papiro*, en que no nos atreveríamos a navegar hoy, aún a través de océanos conocidos. Pero en ellos fueron a las Indias Orientales y Occidentales, y en ellos dieron la primera vuelta al mundo, los embajadores de *Sefarad*, los intrépidos hijos de España y Portugal, prolongando, como son *címbalos alados*, el sonido salvador del Evangelio.

Por eso, a su vista, se entusiasma Isaías, y les apostrofa: «*Id, mensajeros veloces*». ¿Adónde? He aquí una descripción admirable de América, separada del resto del mundo por las corrientes de las aguas que hundieron el continente de la Atlántida, cuyo recuerdo nos conservaron tan vivo los antiguos; de aquella América terrible, entregada a la antropofagía, a los sacrificios humanos de millares y millares de hijos suyos, a la barbarie moral más espantosa; de aquella América que espera la hora de su llamamiento a la luz del Evangelio y a la cultura cristiana. «*Id, mensajeros veloces, a la nación arrancada y rasgada, a aquel pueblo terrible, después del cual no hay otro, a la raza que espera y es conculcada, cuya tierra arrebataron las corrientes de agua*». ¿Cuál puede ser el pueblo después del cual no hay otro, sino el del Nuevo Mundo, con el cual se completó virtualmente el conocimiento de todo el planeta?

Pero he aquí otra descripción tan gráfica como la anterior, en que Isaías anuncia la rapidez y facilidad relativa con que los hijos de *Sefarad* convirtieron, en muy poco tiempo, a una inmensa muchedumbre de pueblos nuevos:

«*Habitadores todos del orbe, los que moráis en la tierra: cuando fuere alzado el estandarte sobre los montes, vosotros lo veréis y oiréis el clangor de la trompeta. Porque he aquí lo que el Señor me dice: Yo me estaré tranquilo y contemplaré desde mi asiento; es como la clara luz de mediodía, y como una nube de rocío en día de cosecha*».

Pero la obra evangelizadora y civilizadora será

truncada antes de tiempo, y los tallos del nuevo árbol serán cortados prematuramente:

«*Todo él floreció antes de la mies, y brotará antes de sazón, y sus tallos serán cortados con las hoces, y lo que quedará será tronchado y arrojado*».

¿Cuál será la suerte de los tallos cortados? ¿Peligrará la savia de la fe católica, por los destrozos que hagan en ellos las aves infernales de los misioneros del error, y por la corrupción bestial de las costumbres?

«*Y serán abandonados a un mismo tiempo a las aves montaraces y a las bestias de la tierra; y todo el verano estarán las aves sobre ellos, y sobre él invernarán todas las bestias de la tierra*».

¿Se referirá a la inmigración de toda clase de sectas, al ateísmo de la enseñanza, a la profanación laicista de la familia, al materialismo en las ideas y en las costumbres?

Pero las últimas palabras del profeta son consoladoras para los pueblos evangelizados por los *mensajeros veloces* de *Sefarad*:

«*En aquel tiempo —concluye Isaías— el pueblo dividido y rasgado, el pueblo terrible, después del cual no hubo otro, la nación que espera y más espera, y es conculcada, cuya tierra arrebataron las corrientes de agua, llevará ofrenda al Señor de los ejércitos, al lugar donde se invoca el nombre del Señor de los ejércitos, al monte de Sión*».

He aquí la hermosa misión futura del Nuevo Mundo: llevar, como ofrenda preciosa, al monte de Sión, a la Iglesia católica, a todas las aves y bestias de todas las sectas, lenguas, razas y costumbres, que se han congregado en las jóvenes naciones de América, que, en un principio, fueron íntegramente católicas, y después, por la inmigración de todas las razas y por infiltraciones de las doctrinas anticatólicas, materialistas y laicistas, se vieron invadidos por gran número de incrédulos, masones y heterodoxos.

La finalidad de la fiesta litúrgica recién establecida por el Episcopado Argentino es agradecer a Dios esa fe que trajeron, el 12 de octubre de 1492, los *mensajeros veloces de Sefarad*, y pedir fervorosamente al mismo Señor de Jacob la conservación y aumento de la religión católica en todas las naciones de América, para que, cumpliéndose el lema adoptado por la Acción Católica, «*la paz de Cristo en el reino de Cristo*», vengan a ser pronto una realidad las últimas palabras del profeta Abdías: Y «*el reino será para el Señor*».

# LAS LEYES DE INDIAS

NARCISO TORRES RIERA

El descubrimiento que Colón hizo de las «Indias» estuvo en todo momento respaldado por un espíritu tradicional y católico: propagar la Fe Católica. En ningún momento se pensó en dominar ni esclavizar a los indígenas. España no iba a «colonizar», sino a evangelizar, lo cual supone la propagación de «un algo más» que una mera civilización, es decir el sentimiento noble, generoso y desinteresado de hacer partícipe, a unas gentes desconocidas, de la Verdadera Fe, la cual dentro de un plano sobrenatural nos convierte a todos sin excepción, pese a las diferencias, en Hijos reales de un mismo Padre, que es Dios, Uno y Trino, tres Personas distintas y un sólo Dios Verdadero, cuyo Hijo Unigénito nació de la Virgen María, Madre nuestra, por obra y gracia del Espíritu Santo. España fue a las Indias, no a enriquecerse, sino como dice San Pablo a dar a conocer a Jesús Crucificado.

## Espíritu de los Reyes Católicos

Los Reyes Católicos, conocido el nuevo descubrimiento ordenan a Cristóbal Colón lo siguiente: «Sus Altezas deseando, que nuestra Santa Fe Católica sea aumentada, y acrecentada, mandan y encargan al dicho Almirante, Viso-Rey, y Gobernador que por todas las vías, y maneras, que pudiere, procure, y trabaje atraer a los Moradores de las dichas Islas, y tierra firme, a que se CONVIERTAN A NUESTRA FE CATOLICA... Y porque esto mejor se pueda poner en obra llegada allá la Armada, procure y haga el dicho Almirante que todos los que en ella van, e los que más fueren de aquí adelante, traten MUY BIEN E AMOROSAMENTE a los dichos Indios, sin que les hagan enojo alguno... Y si acaso fuere que alguna o algunas personas tratasen mal a los indios, en cualquier manera que sea, el dicho Almirante, como Viso-Rey, y Gobernador de sus Altezas lo castigue mucho por virtud de los poderes de sus Altezas, que para ello lleva».

En el año 1501 los Reyes Católicos en una Instrucción dirigida al Comendador Fray Nicolás Dovaldo que fue a Gobernar la Isla Española (Santo Domingo) le mandan lo siguiente: «Primera-mente procuraréis con mucha diligencia las cosas

del servicio de Dios, e que los oficios divinos se celebren con mucha estimación, e orden, e reverencia como conviene.

»Item: porque Nos deseamos que los yndios se conviertan a Nuestra Sancta Fé Católica e sus ánimas se salven, porque éste es el MAYOR BIEN que les podemos desear, para el cual es menester que sean ynformados en las cosas de Nuestra Fé...

»Otro sí procuraréis como los yndios sean bien tratados e puedan andar syguramente por toda la tierra, e ninfuno los faga fuerza, nin les rroben, nin fagan otro mal nin daño, poniendo para ello las penas que viéredes ser menester, e executá-dolas en las personas quen ella fueren culpantes, e haciendo sobrello pregones e defendimientos necesarios...

»Que procurase con gran vigilancia y cuidado que todos los yndios de la Española fuesen LIBRES DE SERVIDUMBRE, y que no fuesen molestados de alguno, sino que viviesen como vasallos libres, gobernados y conservados en Justicia.»

La Reina Católica Doña Isabel no se olvida de las Indias en su testamento. Con cariño maternal a la vez que se expresaba con enérgica seriedad dice así: «...nuestra principal intención fue al mismo tiempo de procurar, inducir y traer los Pueblos de ellas, y los convertir á nuestra Santa Fé Católica, é embiar á las dichas Islas, y Tierra Firme Prelados, Religiosos, Clérigos, y otras personas doctas, y temerosas de Dios, para instruir los vecinos, é Moradores de ellas en la Fé Católica, é los enseñar, é dotar de buenos costumbres, é poner en ello la diligencia debida».

## La Bula de Alejandro VI

Los Reyes Católicos en estas ordenanzas seguían al pie de la letra no sólo una voluntad imperiosa impresa en el espíritu evangélico enseñado por Nuestro Señor Jesucristo, sino obedecían fielmente las exhortaciones, como hijos obedientes, del Papa Alejandro VI, quien en su Bula dada en Roma el año 1493 para solucionar el conflicto surgido entre castellanos y lusitanos se expresa así: «...Nos os requerimos, que quando in-

tentáredes emprender, y proseguir del todo semejante empresa, queráis, y debáis con ánimo pronto, y zelo de verdadera Fé, inducir los pueblos, que viven en tales Islas, y Tierras, á que reciban la Religión Christiana, y que en ningún tiempo os espanten los peligros y trabajos, teniendo esperanza y confianza firme, que el Omnipotente Dios favorecerá Felizmente Vuestras empresas... Y allende esto: os mandamos en virtud de Santa obediencia que procuréis embiar á las dichas Tierras firmes, é Islas hombres buenos, temerosos de Dios, doctos, sabios, y expertos, para que intruyan a los susodichos Naturales, y Moradores en la Fé Católica, y les enseñen buenas costumbres, poniendo en ello toda diligencia que convenga».

### **El emperador Carlos**

Carlos I de España y V de Alemania en una Provisión dada en Granada el 17 de noviembre de 1527 refiriéndose a los Indios se expresa así: «Mandamos que les hagan buen tratamiento, é buenas obras, y les animen, alaguen, y traten como a CHRISTIANOS, Y PROXIMOS de manera que por ello, e por exemplo de sus vidas de los religiosos, ó Clérigos, é por su doctrina, predicación, é instrucción vengan en conocimiento de nuestra Fé, y en amor, y gana de ser nuestros vasallos».

### **Felipe II**

El piadoso Rey Felipe II, que brilló por su celo apostólico en defensa de la Fe católica reprehende al Arzobispado de Lima por sus descuidos, frente a unos abusos que se cometieron, en una Real Cédula dada en Lisboa el 27 de mayo de 1582 con estas palabras: «...Y porque habiéndose proveído tan cumplidamente lo que ha parecido convenir al bien espiritual, temporal, y conversión de los dichos Indios, teniendo tanto cuidado de procurar, que fuesen doctrinados, é instruidos en las cosas de Nuestra Santa Fe Católica, mantenidos en Justicia, y amparados en su libertad, como súbditos, y vasallos Nuestros, entendíamos, que Nuestros Ministros cumplían lo que les habíamos ordenado: y de no haverlo hecho ni cumplido y llegado á estado de tanta miseria, y trabajos, nos ha dolido, como es razón. Y fuera justo que Vos, y vuestros Antecesores, como buenos y cuidadosos Pastores, huvierades mirado por vuestras ovejas, solicitando el cumplimiento de

lo que en su favor está proveído, ó dándonos aviso de los excesos que hubiese, para que los mandásemos remediar, y se cumpliese Nuestra voluntad, que es de que estos pobres gozen de descanso y quietud, y conozcan á Nuestro Señor, para que, mediante su Divina Gracia, y la predicación del Santo Evangelio PUEBAN SALVARSE».

### **Conclusión**

Evidentemente España fue a las Indias a dar lo mejor que tenía de sí, es decir su Fe. La «conquista» de las Indias tuvo su fuerza e ímpetu dentro de una Cruzada Espiritual. Se trataba de, no de ganar tierras y riquezas, sino de conquistar corazones en beneficio, gloria y alabanza de Dios Nuestro Señor; porque en definitiva, «¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?» Esta entrega desinteresada de España en beneficio del Triunfo de la Fe fue el motor principal y único que la llevó al descubrimiento de aquellas tierras.

Ridículo e insuficiente es alegar afinidades de un mismo idioma, pues de nada sirven. La paz y la concordia, la justicia y la tranquilidad jamás son garantizadas por unas pasajeras formas de expresión, aunque sean semejantes. Ni siquiera éstas nos dan ningún sentimiento de Unidad. Lo que tantas veces se ha llamado «Madre Patria» no es sino este espíritu con que España marchó en busca de la salvación de nuevas almas, y haciéndolo así estar todos «en un mismo Rebaño, y bajo un mismo Pastor».

Si Hispano-América representa algo unitario sólo tiene su sentido dentro de este espíritu que la vio nacer, es decir el triunfo de la Fe Católica, sin la cual en vano se evocan sentimientos comunes de tipo cultural o antropológico para el buen entendimiento. Las «Indias» al igual que cualquier otro país, como por ejemplo el nuestro, sólo encontrará su razón de ser y la única garantía para la Paz dentro de la humilde y desinteresada entrega para el resurgimiento y esplendor de la Fe Católica, sin la que inútilmente se buscará un progreso o un bienestar, pues Jesucristo dice así: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», y sólo teniendo a Jesucristo y a la Iglesia por El fundada como centro, como la cúspide y como base fundamental de toda empresa y acción es posible reencontrarnos. Que sea ésta, como dice la Reina Isabel la Católica, «NUESTRA PRINCIPAL INTENCION».

# LA IMAGEN MILAGROSA DE FATIMA ATRAE MULTITUDES EN AMERICA HISPANA

C. A. SOARES CORREA

En la mañana del 2 de enero de este año, la milagrosa imagen Peregrina de Nuestra Señora de Fátima partía del Aeropuerto de Viracopos en Sao Paulo (Brasil) rumbo a Santiago de Chile para iniciar su peregrinación por la América Hispana. Durante siete meses centenares de miles de personas desfilaron ante la imagen en Chile, Ar-

gentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela. En muchos lugares el público esperó durante más de una hora en filas que rodeaban varias manzanas para contemplar por un instante la dulce mirada de la imagen que atraía las multitudes.

## La imagen de presencia sacrosanta

Bajo la orientación directa de la Hermana Lucía —única sobreviviente de las tres niñas a las que apareció Nuestra Señora— un artista portugués esculpió cuatro imágenes en cedro brasileño, que corresponden del modo más fiel posible a los rasgos fisonómicos con que la Santísima Virgen se apareció a los videntes en 1917. Estas imágenes denominadas Peregrinas, recorrieron el mundo entero en la década del 40 al 50. Una de ellas, estando en Nueva Orleans (Estados Unidos) vertió lágrimas milagrosamente en presencia de periodistas, fotógrafos y numerosas personas.

Desde entonces notóse una acción de la Imagen sobre las almas que se hacía sentir por su

indescriptible mirada que penetraba en lo más íntimo de los corazones invitando maternalmente a la conversión. Fue, por cierto, esta presencia y esta mirada sobrenatural los que atrían centenas de millares de personas de todas las condiciones sociales y de todas las edades. Hubo escenas verdaderamente emocionantes que nos permiten sacar una conclusión: un misterioso y maternal intercambio se establecía entre la Reina de los corazones y cada uno de aquellos hijos suyos, que ante ella se arrodillaban para dirigirle sus plegarias, y exponerle sus ruegos, angustias y agradecimientos.

## ORACION A NUESTRA SEÑORA DE FATIMA

### distribuida durante la peregrinación de su imagen milagrosa en la América Hispana

¡Oh Reina de Fátima! en esta hora de tantos peligros para nuestro país, y para todas las naciones de Iberoamérica amenazadas con el flagelo del comunismo ateo.

No permitas que consiga instaurarse, en tantos países nacidos y formados bajo el influjo de la civilización cristiana, el régimen comunista, que niega todos los Mandamientos de la Ley de Dios.

Por eso Señora, mantener vivo e incrementad el rechazo que el comunismo ha encontrado en todas las clases sociales de la América Hispana.

Ayudadnos a tener siempre presente que:

a) El Decálogo nos manda «amar a Dios sobre todas las cosas», «no tomar su Santo Nombre en vano» y «guardar los domingos y fiestas de precepto». Y el comunismo ateo hace todo lo po-

sible para extinguir la Fe, llevar a los hombres a la blasfemia y poner obstáculos a la normal y pacífica celebración del culto.

b) El Decálogo manda: «honrar al padre y a la madre» no pecar contra la castidad» y «no desear la mujer del prójimo». Ahora, el comunismo niega el valor de la virginidad, y enseña que el casamiento puede ser disuelto por cualquier motivo, por la mera voluntad de los cónyuges.

c) El Decálogo manda «no robar» y «no codiciar los bienes ajenos». El comunismo niega la propiedad privada, tan importante para la función social.

d) El Decálogo manda «no matar». Y el comunismo emplea la guerra de conquista como me-

dio de su expansión ideológica y promueve revoluciones y crímenes en todo el mundo.

e) El Decálogo manda: «No levantar falso testimonio». El comunismo usa sistemáticamente la mentira como arma de propaganda.

Haced que, cerrando resueltamente las puertas a la penetración comunista nuestras patrias y todas las naciones hermanas de América Hispana puedan contribuir para que se aproxime el día glorioso de victoria que profetizaste en Fátima con estas palabras tan llenas de esperanza y gozo:

«POR FIN MI INMACULADO CORAZON  
TRIUNFARA»

(*Catolicismo n.º 310*)



# ¡VIVA ESPAÑA, MADRE DE AMÉRICA!\*

MARÍA A. LÓPEZ SUÑE

## La Madre patria

Así han nombrado siempre a España las naciones de la América Hispánica. Así la han nombrado los jefes de las naciones que recientemente han visitado nuestros reyes acompañando a este grito los «vivas» y aplausos de la multitud entusiasta que los aclamaba.

Es el grito que brota espontáneo por atavismo de raza, porque en realidad España ha hecho por esas naciones lo que hace una madre: les ha dado vida y les ha dado amor.

España no destruyó los aborígenes, sino que les dio libertad desde los primeros tiempos; no los confinó en «reservas» como razas a extinguir, ni los mantuvo en la ignorancia para mejor explotarlos como esclavos, ni las confió a «compañías» que con implacable crueldad cobraban odiosos tributos incluso sometiendo a los nativos al martirio.

No, España llevó consigo y dio con generosidad a esas nuevas nociones su religión y su cultura desde su gestación hasta su «mayor edad», su independencia, culminando así la realidad de

(\*) Esta afirmación antecede a la firma del autógrafo de Charles F. Lummis, nacido en Lynn, población del estado de Massachusetts, en 1859, y que asociado a A. F. Bandelier, aplicando métodos científicos al estudio de la historia recorrieron Tejas, Colorado, Uta y Arizona en los Estados Unidos; Méjico, América central; Perú, Bolivia, Chile... visitando los parajes donde se desarrollaron los principales hechos de los exploradores españoles. Su intención al publicar el libro LOS EXPLORADORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI afirman en el mismo que es rectificar los juicios y falsas deducciones de historiadores cuya popularidad ha servido para difundir más sus errores. Hoy, que se estudia la Historia como ciencia y se funda principalmente en documentos, ningún hombre estudioso se atreve ya a citar a Prescott o Irving o cualquier otro de sus secuaces como autoridades en Historia; hoy sólo se les puede considerar como brillantes novelistas. (Muchos datos del presente artículo son tomados de este libro y del de Frank Debenham; DESCUBRIMIENTOS Y EXPLORACIONES.)

un hecho que supera al sueño que podría parecer más inverosímil.

En pleno Renacimiento de un mundo viejo se halló un Mundo Nuevo. ¡Es el más importante y pasmoso descubrimiento que registran los anales de la humanidad!

Y esta gesta gloriosa, tejido de lo vulgar y lo sublime comenzó a tener realidad en el momento en que Rodrigo Sánchez de Triana dio el grito anhelado de «tierra», después de una larga y penosa navegación incubada desde que un pobre viajero, llevando de la mano a un niño llamó, pidiendo pan y asilo, al convento franciscano situado en lo alto del peñón de Santa María de la Rábida y propuso a su Prior la realización de un sueño maravilloso.

El Prior tenía influencia en la Corte; las negociaciones fueron largas y laboriosas, pero todos los obstáculos los venció la fe de la Reina que, con clarividente intuición femenina calculó que la empresa tenía relativamente poco riesgo en comparación de las incalculables ventajas que prometía.

Tres carabelas salen del puerto de Palos para acometer la aventura; deshacen el mito del «mar tenebroso» y el 12 de octubre de 1842 la pequeña parcela que en Europa constituía el Reino de Fernando e Isabel, se engrandece con medio mundo más hasta entonces desconocido.

## Primacía y extensión de América Hispánica

Colón, el que buscó hospitalidad en Santa María de la Rábida, es recibido a su vuelta a Es-

paña, por el pueblo y por los reyes, a la manera como los romanos recibían a los generales victoriosos. Iniciase entonces una corriente impetuosa y constante de exploradores españoles que en cien años «hicieron más en América que en trescientos todas las naciones de Europa juntas».

Colón conoce las islas del Caribe y solo en su cuarto viaje toca el continente.

Hernán Cortés explora y conquista México; la mitad del territorio de lo que es hoy los Estados Unidos, incluyendo el dorado jardín de California que Fray Junípero Serra esmaltó de ciudades que «bautizaba» con el nombre de los santos que había en los altares del pueblo mallorquín donde había nacido: San Francisco, San Diego, Los Angeles...; Pizarro gana el Perú; siguen La Florida, el Yucatán, Bolivia, Venezuela, Ecuador, Paraguay, Colombia, Argentina, Chile..., es decir, desde el nordeste de Kansas hasta el cabo de Hornos era una vasta posesión española.

Además, Vasco Núñez de Balboa, después de terrible caminata a través del istmo descubre un mar desconocido, el Pacífico; entra en él con agua hasta la rodilla, blandiendo en una mano la espada y alzando en la otra la cruz y el pendón de Castilla, toma posesión del mayor de los océanos en nombre del rey de España.

### Madre de América

Si parece justificado que las naciones de Hispanoamérica llamen a España «Madre patria» puede parecer tal vez excesivamente ambicioso llamarla Madre de América. Sin embargo no vacila en llamarla así el norteamericano Charles F. Lummis y nos proporciona datos que lo justifican.

Llegó España un siglo antes de que los anglosajones parecieran darse cuenta de que realmente *existía* un nuevo mundo y, Jamestown, la primera población inglesa en América del Norte, no se fundó hasta 1607, es decir que fundaron los españoles sus ciudades miles de millas tierra adentro mucho antes de que el primer anglosajón desembarcara allí.

Un teniente español con veinte soldados atravesó un desierto y contempló la mayor maravilla

de América del Norte, y acaso del mundo, el gran Cañón del Colorado, mucho antes de que pudieran contemplarlo ojos norteamericanos.

Sondearon el mayor de los golfos, descubrieron los mayores ríos y construyeron los primeros buques que se hicieron en América.

### La cultura

Tomaremos las mismas palabras del propio Lummis: «Una de las cosas más asombrosas de los exploradores españoles —casi tan notable como la misma exploración— es el espíritu que desde e principio hasta el fin caracterizó sus instituciones. Algunas historias que han perdurado pintan a esa heroica nación como cruel para los indios; pero la verdad es que la conducta de España en este particular debiera avergonzarnos... ellos enseñaron a los indígenas la lengua española y la religión cristiana. Ha habido en América escuelas españolas para los indios desde 1524. Por 1575 —casi un siglo antes de que hubiera una imprenta en la América inglesa— se habían impreso en la ciudad de Méjico, muchos libros en *doce* diferentes dialectos indios; tres universidades tenían casi un siglo de existencia cuando se fundó la de Haward...»

La legislación española referente a los aborígenes es «incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática, que las de otras naciones europeas que años más tarde se establecieron en las regiones del norte...»

Los españoles abrieron las primeras iglesias y construyeron las magníficas catedrales que aún hoy admiramos, fundaron escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas, publicaron los primeros libros, escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías, y antes de que en Nueva Inglaterra hubiera un verdadero periódico, ya se había hecho un ensayo en México.

### La Religión - Santa Rosa de Lima

Junto con el ansia de descubrimiento y de conquista unía España el celo por la Religión, su afán por dilatar la Fe, por transmitir el mensaje de Cristo. Llevan la Cruz en las velas de sus na-

ves; al pisar tierra, se celebra la Santa Misa y con nombre de Santos bautizan las tierras que van conquistando. En todas las naves que parten hacia el Nuevo Mundo nunca falta el hábito gris de los franciscanos y la blanca librea de los mercedarios y dominicos.

Es imposible siquiera esbozar aquí la labor efectuada por los misioneros.

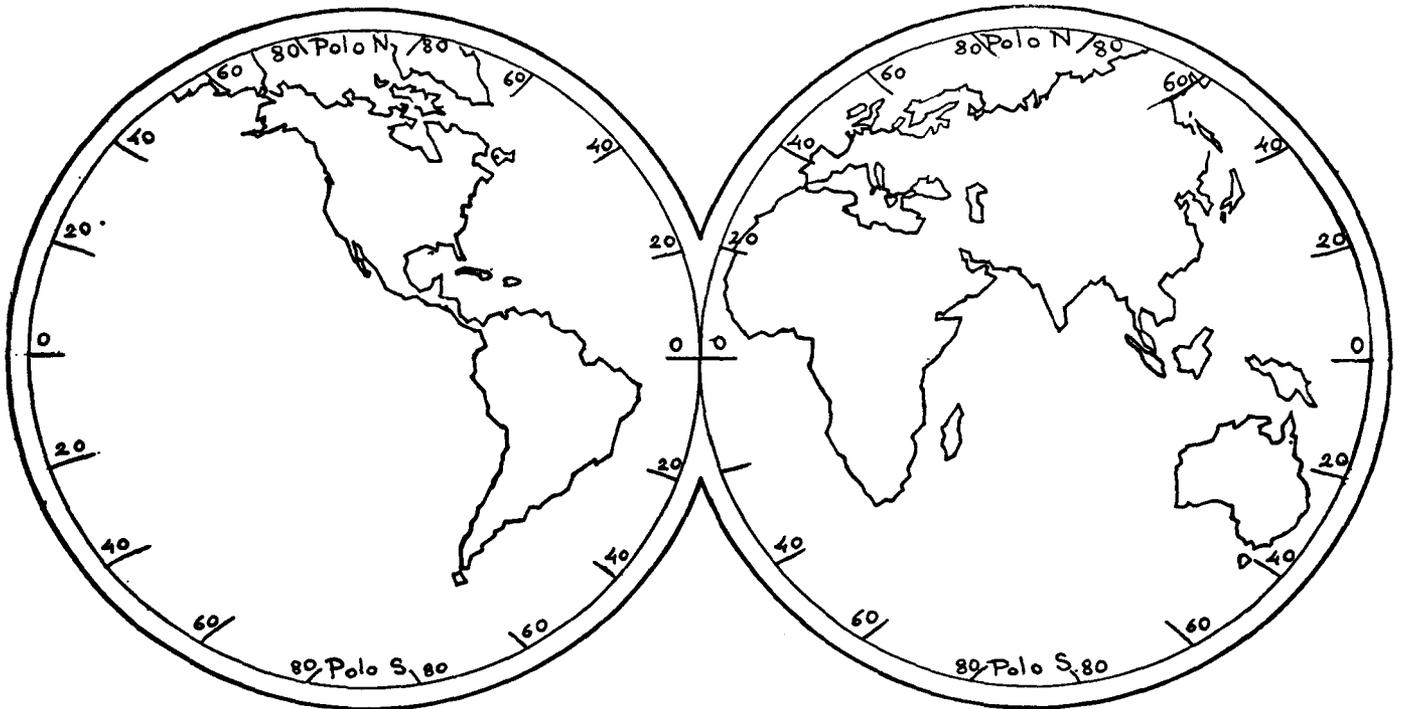
Pero podemos señalar «entre los innumerables ejemplos de testimonio cristiano que la América recién nacida ofreció cual retribución al celo religioso de los descubridores, un tesoro de santidad para los reinos españoles de aquende y allende el océano: Santa Rosa de Lima.

«Rosa, limeña, hija de hidalgos y de tradicional pobreza; Rosa, la tan criolla, en el quieto oratorio de su jardín, unida místicamente a Cristo y

María, escucha sus divinos mensajes. Y así como el huerto de Rosa de Lima florecía en especies nuevas de perfumes hasta entonces desconocidos, la nueva tierra americana, tierra de Cristiandad, irrumpía con su Santa en la historia, afirmando su santidad e intuyendo su destino.

»Hijas todas de la Hispanidad, las naciones hispanas del nuevo continente, su existencia misma pende de la finalidad a la causa trascendente que las engendró. En esta hora de esperanza para nuestras patrias, impetramos de Santa Rosa de Lima, PATRONA DE AMERICA, la ayuda sobrenatural que sostenga nuestra empresa por la reconquista de un nuevo mundo para Cristo.» (\*\*)

(\*\*) Del artículo SANTA ROSA DE LIMA, publicado en la revista VERBO de Buenos Aires, correspondientes al 6 de agosto de 1976.



# Identidad cristiana en la acción por la justicia

*Fracmentos del Documento colectivo de la Conferencia Episcopal de Colombia*

## Introducción

De acuerdo con la antigua y constante tradición apostólica, los obispos de Colombia cumplimos el grave deber de hablar, con la autoridad recibida del mismo Cristo, cuantas veces hechos y afirmaciones conturban la conciencia de los católicos y requieren, por tanto, el pronunciamiento del magisterio episcopal. Es una misión que nos obliga como maestros y pastores del Pueblo de Dios. Esta palabra que hoy le dirigimos es fruto de decisión unánime tomada en la XXXII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal, llevada a cabo en julio de este año.

Las graves y peligrosas desviaciones que hoy son evidentes en algunos sectores nos obligan a recordar a los católicos la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el magisterio episcopal: «Los obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, o sea, los que están dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de ser creída y ha de ser aplicada a la vida, y la ilustran bajo la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación cosas nuevas y viejas (cfr. Mt., 13, 52), la hacen fructificar y con vigilancia apartan de su grey los errores que la amenazan (cfr. Tim., 4, 1-4). Los obispos, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser respetados por todos como testigos de la verdad divina y católica; los fieles, por su parte, en materia de fe y costumbres, deben aceptar el juicio de su obispo, dado en nombre de Cristo, y deben adherirse a él con religioso respeto» (L. G., 25).

Tenemos plena seguridad de que este magisterio nuestro, ejercido tras madura reflexión y confiada oración al Espíritu de la verdad (cfr. Jn., 16, 13), está «en comunión con el Romano Pontífice», cuyas numerosas enseñanzas hemos escrutado con fidelidad y sincera adhesión eclesial. Es-

tamos ciertos de que nuestra palabra es la misma del Papa y está, por tanto, corroborada por su suprema y universal autoridad magisterial.

Frente a formulaciones y actitudes en Colombia en abierta oposición a la enseñanza del Papa, cumplimos con el deber doloroso de denunciarlas y rechazarlas, por equivocadas y destructoras de la unidad, fundados en las palabras del mismo Pontífice: «Es claro, clarísimo el carácter de la potestad de los Apóstoles inmediatamente después de Pentecostés, no sólo en el ejercicio profético y carismático, sino también en el pedagógico y severo de reprensión y de castigo» (1). Mal podrían invocar el diálogo los que en esta materia no sólo no lo han buscado, sino han rechazado y aun denigrado el magisterio de la Jerarquía eclesial.

En los últimos años la radicalización ha llegado al extremo de pretender lograr, como fórmula salvadora, una síntesis entre cristianismo y marxismo. A esta imposible amalgama de posiciones antagónicas se ha referido igualmente Pablo VI con palabras severas que no admiten tergiversaciones ni esguinces. En términos categóricos ha declarado recientemente que no podemos admitir la actitud «de cuantos interpretan la vida teologal como una organización de la sociedad de este mundo, más aún, la reducen a una acción política, adoptando a este fin un espíritu, métodos y prácticas contrarias al Evangelio; y se llega así a confundir el mensaje trascendente de Cristo, su anuncio del reino de Dios, su ley de amor entre los hombres, fundado en la inefable paternidad de Dios, con ideologías que esencialmente niegan dicho mensaje sustituyéndolo con una postura doctrinal absolutamente antitética, propugnando un connubio híbrido entre dos mundos inconcilia-

(1) Pablo VI, Catequesis del 4 de agosto de 1976: *L'Osservatore Romano*, 8 de agosto de 1976, pág. 3.

bles, como lo reconocen los mistos teóricos de la otra parte» (2).

Estos pronunciamientos del magisterio pontificio, luminoso e incontrovertible, y la propagación en Colombia de ideas y posturas liberacionistas en franca oposición a este magisterio, hacen más apremiante para los obispos colombianos la obligación de no callar. No podemos permitir que el error obnuble las mentes y lleve la zozobra a las conciencias; no podemos pasar por alto que se pretenda convertir la fe en praxis revolucionaria y reducir la Iglesia a una simple asociación de personas que luchan por la justicia, ni menos aún que se intente potenciar el Evangelio con la dialéctica marxista.

Sabemos que hay posiciones ideológicas colocadas en el extremo opuesto. Son movimientos que defienden un ciego tradicionalismo, que ni sabe dialogar ni se somete a la Tradición verdadera y al Magisterio de la Iglesia. También han llegado a ser disociadores de la unidad y crean confusión y enfrentamientos estériles. El Episcopado colombiano ve igualmente la necesidad de pronunciarse en próxima ocasión sobre este peligro que, no obstante su apariencia menos ofensiva hasta ahora entre nosotros, no deja de ser insidioso y equivocado.

Nuestra doctrina y nuestras actitudes las tomamos de la palabra de Cristo. No tenemos por qué recibir nada en préstamo, menos aún recurrir a otras doctrinas en lo que es específicamente nuestro por cuanto brota de la entraña del Evangelio. Disipe nuestra palabra las sombras y abra horizontes de luz y seguridad a los creyentes en Cristo en esta hora turbulenta, pero también henchida de gozosa esperanza.

## II. Adopción global del análisis marxista

En el camino de la opción política revolucionaria encuentran algunos, como único instrumento válido para el análisis del engranaje social y para las radicales transformaciones de sistemas y estructuras, el denominado análisis marxista.

### Análisis marxista

De acuerdo con las categorías propias de esta metodología, la sociedad y la Historia son exami-

(2) Pablo VI, Al Consistorio del 24 de mayo de 1976: *L'Osservatore Romano*, mayo 30 de 1976.

nadas a partir de la interpretación de la estructura económica, de la cual provendrían dos clases en conflicto antagónico, sin diálogo a reconciliación posibles: la burguesía y el proletariado. Instauran así la lucha de clases, típica en la formulación marxista, que da lugar a la «era revolucionaria». Tal lucha, esencial al proceso histórico, ha de culminar con la dictadura del proletariado y sólo cuando las circunstancias estén maduras se tendrá el advenimiento del socialismo marxista.

El uso global e integral del análisis marxista es exigido por diversos documentos extremistas en América Latina. A él acuden corrientemente para alimentar la reflexión los dirigentes de núcleos que operan en Colombia, con el propósito de contaminar con esta mentalidad nuestras comunidades cristianas (3).

Son numerosas y variadas las implicaciones que tal paso comporta, no sólo en el plano de un exigente discernimiento científico —sobre lo cual ofrecen abundante materia los estudiosos—, sino en cuanto a las proyecciones teológicas y pastorales. Veamos algunos aspectos.

### Hacia la destrucción de la fe

El análisis marxista se ha convertido, en algunos casos, en el instrumento corriente de «concientización», que llega a identificar las características y proyecciones de una concientización cristiana con la que proviene de la ideología marxista, y que, además de provocar alteraciones en la objetividad del diagnóstico, condiciona psicológicamente para proceder tan sólo en el esquema de la lucha de clases. Causa preocupación, no extrañeza, comprobar cómo cristianos que asumen globalmente el análisis marxista terminan por ver debilitada o destruida su fe bajo la presión de la nueva ideología que, consciente o inconscientemente, va suplantando su visión cristiana del hom-

(3) Los diversos documentos de los encuentros de «Cristianos por el Socialismo», de Santiago (abril de 1972) y de Quebec (mayo de 1975) son aceptados íntegramente por algunos grupos en Colombia, especialmente por el Grupo SAL, que los difunde por medio del boletín «Servicio Colombiano de Comunicación Social». En el boletín núm. 11, abril-mayo 1975, se lee: «Hemos venido examinando este dossier (el de Quebec) y con gran satisfacción hemos descubierto que "el censo mínimo" de nuestro pasado encuentro nacional y los demás trabajos que veníamos realizando coinciden con las líneas de este Encuentro Internacional». Este mismo Grupo SAL asistió al «Encuentro de Dirigentes de Movimientos Sacerdotales de América Latina», realizado en Lima en 1974 con el fin de llegar a una confederación de tales movimientos; fruto de este Encuentro es el documento intitulado «Resumen de los Apuntes del Encuentro de Dirigentes de Movimientos Sacerdotales de América Latina», publicado y difundido por «Noticias Aliadas» de Lima.

bre y de la sociedad. Esta metodología termina imponiendo una mentalidad (4).

### Pluralismo en opciones compatibles con la fe

Es preciso recordar que «en las situaciones concretas y habida cuenta de las solidaridades que cada uno vive, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes» (O. A., 50). En otras palabras, el respeto al pluralismo en la acción debe vincularse a un atento discernimiento, que permita precisar lo que, en los movimientos históricos, provenga de la penetración y vigencia de las ideologías (cfr. O. A., 31).

### Imposible opción por socialismo marxista

Afirmamos que la opción por el socialismo de cuño marxista, como pretenden difundirla en Colombia algunos cristianos, no es legítima ni lícita. En el movimiento «Cristianos por el socialismo» y los grupos afines, estratégicamente confederados —como se presenta en nuestro país— se trata de una «opción socialista y revolucionaria, que se expresa en las categorías del materialismo histórico y se reconoce en las diversas organizaciones del movimiento proletario» (5), como si en éstas resplandeciera la autenticidad cristiana, que es negada sistemáticamente a otras opciones.

(4) Es la oportuna advertencia del Episcopado Chileno, «La experiencia nos muestra, como una regla general, que nunca un «método» es algo puramente objetivo e inofensivo, sino que, necesariamente, acaba imponiendo un carácter, una mentalidad determinada al que lo usa: lleva al hombre a terminar pensando según actúa... El método marxista, tal como se utiliza en el marxismo, con ese exclusivismo, no les es lícito emplearlo a los cristianos...: la mentalidad absolutizadora de lo económico que tal método supone o imprime aparece incompatible con el cristianismo y como destructivo del hombre... El actuar juntos lleva a usar los mismos métodos y a contagiarse de una misma mentalidad práctica» («Evangelio, Política y Socialismo», 1971, núm. 48).

(5) Es la afirmación repetida hasta la saciedad en todos los escritos, los documentos, los encuentros de «Cristianos por el Socialismo» y afines. Basten estas citas de algunos encuentros: «La posición del materialismo histórico... y el recurso a los instrumentos de análisis del marxismo... se revelan imudables» (Santiago, 1972, Documento de Trabajo, 4), «Nos hemos encontrado de acuerdo sobre la necesidad de adoptar el método de análisis marxista como fundamento de nuestro compromiso de clase» (Bolonía, 1973, Propuesta de documento conclusivo, 1, 2.), «La opción por el socialismo marxista, no obstante todos los temores de la Iglesia institucional, es para nosotros —cristianos del siglo XX— una necesidad coherente con nuestra posición clasista y con nuestra fe evangélica» (Avila, 1973, Documento conclusivo, 52), «El marxismo nos ha ayudado a comprender con profundidad científica el deber histórico de la liberación y a escoger la única vía posible para nosotros en las actuales circunstancias: la opción marxista como la única alternativa para hacer eficaz la exigencia liberadora del Evangelio» (Ibid., 29), «El cristiano debe ante todo insertarse en la praxis revolucionaria, identificarse con los intereses del proletariado, asumírselos como propios y participar en sus luchas y anhelos; esto exige descubrir la racionalidad propia de lo político... Deberá además percibir la globalidad de lo político, es decir, el hecho

Hay aquí un serio problema de coherencia cristiana, tal como lo pone de presente el Santo Padre: «El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política concebida como servicio no puede adherirse, sin contradecirse a sí mismo, a sistemas ideológicos que se oponen, radicalmente o en puntos esenciales, a su fe y a su concepción del hombre. No le es lícito, por tanto, favorecer a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva» (O. A., 26).

Es verdad que algunos grupos de cristianos prometen mantener invulnerable su fe y el rechazo al ateísmo marxista. No creemos que en la práctica el cumplimiento de tales propósitos sea posible, frente a los rigurosos condicionamientos y a la estricta mentalización que impone el análisis marxista. Ya hay signos lamentables en los que se ve cómo el vínculo de comunión con la Iglesia se va agrietando, y casos en los cuales se anuncia pomposamente que ante la alternativa entre pertenencia a la Iglesia y opciones socialistas, no se dudará en llegar a una dolorosa ruptura con la misma Iglesia.

Pero no es sólo el problema del ateísmo el que está en juego. Es toda la visión de fe sobre el hombre, la libertad, las relaciones en la sociedad, la capacidad de encuentro, de diálogo, de reconciliación. La Iglesia hace suya, defiende y alienta la lucha por la justicia, las legítimas reivindicaciones, y no se pliega a una falsa noción de nuestra fe. Su primera y muy grave incidencia se hace evidente en relación con el misterio de la Iglesia,

de que no hay neutralidad política posible en la vida humana... (esto lleva a) que el Evangelio y la vida eclesial no sean neutros políticamente... En este contexto la fe da motivos de radicalidad al compromiso revolucionario... Hay una opción socialista global de nuestros movimientos, así como la convicción de la tendencia del proceso revolucionario latinoamericano hacia una sociedad de tipo socialista... Se reconoce la importancia del marxismo en el mundo político y cultural latinoamericano» (Resumen de los apuntes del Encuentro de dirigentes de movimientos sacerdotales de América Latina, 1973). — «La tarea revolucionaria es el lugar donde la fe adquiere su dimensión auténtica y su fuerza radicalmente subversiva... Tomamos conciencia que una comprensión de la fe a partir de la práctica histórica será una teología ligada a la lucha de los explotados por su liberación. Es una teología militante, hecha desde una opción de clase y que utiliza esta misma racionalidad que utilizamos para analizar y transformar la Historia. De ahí la importancia que adquiere el marxismo en esta tarea de reformulación de la fe. En última instancia la teología llega a ser verdadera a través de las luchas y de la práctica revolucionaria» (Quebec, 1975, Documento final, II, 16; II, 18). — «Un número creciente de cristianos... participa en las luchas de liberación del pueblo. Tales cristianos constituyen una amplia corriente que se define por una nueva búsqueda de fe y de nuevas formas eclesiales dentro de una práctica política de carácter proletario y socialista... Cristianos y marxistas deben unirse en una lucha común... insertarse en los partidos proletarios y en las organizaciones populares» (Ibid., Conclusión).

sacramento universal de salvación, con la sagrada persona de Cristo Señor y con la actividad pastoral de la Iglesia.

### **Verdaderos y falsos profetas**

El pueblo de Dios tiene derecho a que le sean brindados criterios para distinguir entre los verdaderos y los falsos profetas. Aquellos viven en plena unidad con la Iglesia y dan testimonio de una acción pastoral que no toma su fuerza del tono y los términos del clamor, sino de la autenticidad y humildad con que ejerce su tarea de ser voz de Dios. La unidad de la Iglesia es para ellos condición para el vigor del Anuncio evangélico. Y parte muy importante de esa unidad es la comunión franca, leal, confiada, respetuosa con aquellos que han recibido la misión de ser los pastores de la Iglesia. Esperan, con el corazón del Padre celestial, el retorno de quienes han abandonado la casa.

Los falsos profetas, en cambio, descuidan el anuncio propiamente evangélico. Se dejan seducir por la tentación de ser estimados como líderes políticos, cargados de promesas revolucionarias y disgregan la comunidad. No transmiten Palabra de Dios, sino lenguaje de hombres: «Yo no envié a esos profetas, y ellos corrían; no les hablé, y ellos profetizaban; ... aquí estoy yo contra los profetas —oráculo del Señor— que manejan la lengua para soltar oráculos; aquí estoy yo contra los profetas que cuentan sus sueños faltos y extravían a mi pueblo con sus embustes y su presunción, cuando yo ni los he enviado ni dado órdenes; no aprovecharán a este pueblo» (Jr., 23, 21, 31-32).

### **VI. «Relectura» de la Palabra de Dios**

La adopción de la ideología marxista penetra todos los aspectos de la vida eclesial. También en lo que constituye la fuente de la vida de Iglesia: la Palabra de Dios. Hace de la Pascua judía una interpretación meramente política y presenta el Exodo, ante todo, como una epopeya revolucionaria que sería tipo de la que los cristianos «comprometidos» deberían realizar hoy. Los textos de los profetas son sacados de su espíritu original y usados como consignas de índole subversiva. El Nuevo Testamento es sometido a verdaderos asaltos, cuyo botín es distribuido luego a los fieles como si fueran conquistas maduras y definitivas

de la exégesis; las Bienaventuranzas y el Magnificat serían consignas revolucionarias que encontrarían su más acabado sentido en la heroicidad de los mártires de la nueva fe: guerrilleros latinoamericanos, presentados como místicos de elevados quilates. Nos encontramos ante una intolerable alteración de la Palabra de Dios.

### **En la catequesis y en la predicación**

Tal «relectura» se trasplanta después en forma de evangelización reducida a concientización revolucionaria, y a una catequesis en la que ciertos acontecimientos políticos o cierta «praxis política», desarrollada por grupos de «Cristianos por el socialismo» y afines, toman el puesto que en la Iglesia corresponde sólo a la Revelación. Podríamos abundar en casos concretos. En algunas catequesis pasa a segundo plano la realidad de la Alianza que supone el encuentro personal y comunitario con el Señor, y el misterio del pecado personal. A su vez, reducen el pecado social a aspectos simplemente estructurales. Todo lo cual produce inmenso desconcierto en las comunidades sometidas a esta clase de abusos. Echan mano de textos seudolitérgicos, que más bien suenan a manifiestos o arengas políticas o a canciones de protesta, y que deberían tener distinto escenario del de los lugares sagrados.

### **VII. ¿Un nuevo Jesucristo?**

Cristo es presentado en algunos escritos de estos grupos o personas como el «subversivo de Nazaret». Habría venido como un «zelote» a instaurar su Reino en forma violenta, con la espada (Mt., 10, 34), Reino de los violentos conquistarían (Mt., 11, 12). Un signo del advenimiento de la revolución sería el episodio del Señor en el Templo cuando fustiga a los explotadores (Jo., 2, 13-16). Después de desafiar a los poderosos, a causa de su actitud rebelde muere condenado por los grandes de su tiempo. La Cruz es vaciada así de su valor redentor para convertirse en símbolo de subversión y de lucha de clases. Estos errores de interpretación ya viejos, presentados ahora, inexplicablemente con el manto de novedosos, carecen de seria fundamentación científica.

Como también la conciencia de los fieles, casi instintivamente, reacciona contra esta falsificación, algunos han puesto en circulación otro tipo de interpretación cristológica más matizada qui-

zá, pero que ofrece insalvables dificultades. Aceptan que Cristo no fue caudillo de un grupo «zelote», revolucionario, pero su modalidad de presencia y de compromiso político debe ser inspiración central para la revolución en curso. En su vida mortal su rebeldía fue a la vez religiosa y política. Encabezó la única subversión posible en su tiempo: la que tenía por objeto el agrietamiento de los poderes religiosos confabulados con la dominación romana. Pero muestra el camino abierto para otras subversiones posibles en el momento actual. Si Cristo no hubiera estado políticamente comprometido, ¿habría muerto en la Cruz del Gólgota?

Jesucristo, según estas tesis, vivió para las clases oprimidas, como «el ser para los demás» contra los opresores. Pero pasan por alto su acercamiento y encuentro con personas pertenecientes a las distintas clases sociales de su época, algunas despreciadas, como era el caso de los publicanos a cuya mesa se sentaba, y de los cuales llamó a algunos a su inmediato seguimiento, incluso hasta convertirlos en discípulos. E igualmente olvidan que las acusaciones fundamentales contra El no fueron políticas; y las que se adujeron en esta línea política son presentadas por los Evangelistas como falsos testimonios (cfr. Mt., 26, 49-66; 27, 22-24; Mc., 14, 55-65; 15, 12-14; Lc., 23, 4-22; Jo., 18, 33-40).

### **No es el Cristo de la historia y de la fe**

Ya se trate del Cristo «zelote» o revolucionario, ya del Cristo políticamente comprometido, en la forma en que suelen presentarlo, no es el Cristo que se manifestó realmente en la Historia como al interpreta la Iglesia, el Cristo en el cual creemos. Una cosa es aceptar que su mensaje de amor universal tiene repercusiones sociales y políticas de extraordinario alcance y profundidad, otra muy distinta convertirlo en Mesías terrenal.

Para quien lee despreveñidamente la historia evangélica aparece sin sombra de duda que muchos de sus contemporáneos quedaron perplejos por el carácter específicamente religioso que Cristo dio a su persona y a su obra. Ninguna pompa exterior, ausencia total de preocupaciones políticas, ni una palabra contra el ocupante extranjero, ni alusión alguna a proyectos de revolución o liberación temporal.

No es el puño endurecido el que agita Jesús desde el madero, como lo presentan algunos grá-

ficos, sino el «Siervo de Yavé» que invita, comprende, perdona, reconcilia con el Padre a todos los hombres, por cuya causa vive, muere y resucita. Cuando profesamos nuestra fe en Jesucristo lo proclamamos como el único Señor, viviente, actuante, por quien vale la pena vivir y morir (Rm., 14, 8); lo reconocemos como el único Mediador y Salvador (Hch., 4, 12). Cristo no es una consigna de lucha, de reivindicaciones, aun legítimas, de fraternidad, sino la plenitud de la Divinidad (Col., 2, 9), que habita entre nosotros (Ef., 3, 17), en quien vivimos, nos movemos y existimos (Hch., 17, 28).

La adulteración antes descrita de la persona de Cristo comporta necesariamente la más crasa secularización del mensaje cristiano: «Para unos, el compromiso de las liberaciones políticas, culturales o sociales del momento tiene prioridad sobre la iniciativa divina. Encierran la salvación en el marco de las luchas individuales o colectivas en favor de la promoción humana. El resultado es que la fidelidad cristiana se reduce a alianzas políticas, a estrategias partidistas y a objetivos que se refieren a la toma del poder. Esta secularización del mensaje cristiano hace que éste se reduzca a valores culturales y a ideologías socioeconómicas. Cristo, considerado sólo como paradigma moral o únicamente bajo el aspecto de su solidaridad con los pobres, pasa a desempeñar simplemente un papel de garantía o de referencia para una causa o para la lucha de una clase social. De hecho, no se recurre a Cristo sino para dar valor a una toma de posición política o para ganarse el favor de la opinión cristiana» (6).

### **Consecuencias: otra Iglesia, otra fe**

Un Cristo interpretado en clave revolucionaria o política lleva necesariamente a concebir la Iglesia, que lo prolonga sacramentalmente con su misión evangelizadora, de la misma manera. Por otra parte, una Iglesia entendida como unidad proletaria, como pueblo que camina hacia el socialismo, en la proyección de un mesianismo terrenal, lleva a que el Cristo que anuncia esté hecho a imagen y semejanza de la ideología de que se nutre. Aceptada la dialéctica de la lucha de clases en la Iglesia no hay que esperar mucho para que también la interpretación de la persona de Jesucristo tenga que someterse a los moldes del aná-

(6) Comisión Permanente del Episcopado Francés, «Liberaciones de los hombres y salvación en Jesucristo», 1974, II, A.

lisis marxista. Se habla ya en alguna parte de América Latina, con la consecuente repercusión entre nosotros, de una lucha de clases entre distintos Cristos: el Cristo de los poderosos y el Cristo de los proletarios.

Prácticamente no queda realidad eclesial y cristiana libre o exenta de la invasión de esta ideología. No hay aspecto de la evangelización, de la catequesis, ni parte o tratado de la teología que no se encuentren afectados por esta clase de planteamientos. Podríamos seguir paso a paso ciertas publicaciones, anónimas o no, para ponderar el profundo desgarramiento que producen en elementos básicos de nuestra fe (7).

La dinámica de las posiciones devoradas por esta ideología nos lleva a otro Cristo, a otra Iglesia, a otra fe, de carácter dolorosamente sectario: «No es extraño que, sobre esta base, se desvirtúe la naturaleza de la Iglesia y su institucionalidad esencial. Por este camino se nos conduce a una "Iglesia nueva", sin dimensión sobrenatural, sin sacramentos, sin ministerio jerárquico. Nosotros

(7) Coincidimos también con la denuncia de la Iglesia de Chile: «Y es que ciertos valores cristianos fundamentales, como la trascendencia de la persona por encima de clases y estructuras —y en primer lugar de la propia persona de Cristo— no reciben aquí la importancia que merecen dentro de toda concepción cristiana de la sociedad. Dentro de este diseño tan impersonal qué lugar queda para la oración, para la contemplación, para el ministerio sacerdotal mismo, para los humildes servicios pastorales que no tienen connotación temporal directa, para el amor que se ejerce más allá de toda consecuencia estructural, para la locura de la Cruz? Si el sacerdote sólo se encuentra bien dentro de la lucha de llaves y del trabajo por la justicia social, tendrá la disposición necesaria para alimentar su propia vida interior con la oración, con la adoración eucarística, con la devoción mariana? Y podrá así nutrir son semejantes disposiciones el alma de los fieles que tiene a su cuidado? No terminará menospreciando todas aquellas prácticas personales y aquellos desvelos ministeriales que no tienen una efectividad visible y directa en la lucha social, pero que tan indispensables son para el apostolado sacerdotal y, aun dentro de la Comunión de los Santos, para la propia causa de la justicia social» (Conferencia Episcopal de Chile. «Fe Cristiana y Actuación Política», 1973, n. 62).

no podemos reconocer en esta figura una simple "renovación" de la Iglesia perenne, sino lisa y llanamente una institución distinta, con otro origen, otros fines y medios: una nueva secta. Y en realidad, los comportamientos de orden práctico de este grupo se acercan peligrosamente, y cada vez más, a ese carácter de secta» (8).

No podemos tolerar los riesgos que todo esto entraña para la vida de nuestras comunidades, ni pasar por alto la amenaza que se cierne sobre muchos, cuando en esta posición están comprometidos ciertos grupos de sacerdotes.

### Llamamiento a la unidad

En medio de los vaivenes y contradicciones de los hombres, que a lo largo de la Historia han hecho patente su pequeñez frente a Dios y la fragilidad de sus ideologías frente al Evangelio, los cristianos sabemos confiar sólo en Jesucristo. El es el único verdadero Rey de los hombres y del universo. Rey por el servicio, Rey por la cruz. Si rechazamos con toda razón los imperialismos de cualquier clase que sojuzgan y empuqueñecen al hombre, estamos convencidos por la fe de que no hay salvación auténtica e integral fuera del Reino de Cristo, ya por El inaugurado en la tierra, por que es Reino de justicia, de amor y de paz.

Bogotá, 21 de noviembre de 1976, solemnidad de Cristo Rey.

(8) Conferencia Episcopal de Chile, «Fe Cristiana y Actuación Política», 1973, n. 74. — Entre los muchos ejemplos que podrían citarse entre otros baste señalar la hoja «¿Con qué Iglesia está usted?», publicada por el llamado Grupo de Laicos por la liberación, cuya dirección, apartados, teléfonos corresponden al Servicio Colombiano de Comunicación Social que difunde todos los manifiestos y escritos del Grupo SAL I afines; la táctica de los diversos nombres, la realidad de una misma acción demoleadora de la Iglesia.

## INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

### MARZO

GENERAL: «Que los medios de comunicación social sean mejor utilizados para anunciar a todos los hombres el Evangelio de la salvación.»

MISIONAL: «Que los aborígenes de Australia —al igual que todo otro grupo cultural— puedan recibir en su propio lenguaje el mensaje del Evangelio y lo acepten íntegramente.»

### ABRIL

GENERAL: «Por todos los que encuentran obstáculos en el ejercicio de su libertad religiosa.»

MISIONAL: «Que para proveer todos los oficios en el cuerpo de la Iglesia Dios suscite vocaciones misioneras de sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos de este y otro sexo, y respuestas generosas a su llamada.»



# La «REPARACION» y el «TRIUNFALISMO» en la devoción al Sagrado Corazón

P. FRANCISCO SEGARRA, S. I.

En contraposición a los que combaten la forma de reparación que es «consolar al Sagrado Corazón», lo cual parece algo íntimo y que convida a una gran unión afectiva, hay quienes censuran otras formas de Reparación, como por ejemplo «las procesiones en honor del Sagrado Corazón» y las tachan de «triumfalismo».

## Reparación

Parece, pues, conveniente examinar esta nueva forma de combate contra la devoción al Sagrado Corazón. Mas para ello señalemos ante todo en fórmula general esas otras formas de reparación más combatida. Y comencemos por las que se refieren a la persona misma de Cristo. En efecto, de una manera muy especial, hay que reparar las ofensas inferidas a nuestro adorable Redentor, Jesús.

Pues bien, se «repara» procurando restablecer el bien perdido; o compensarlo con otros bienes, ya superiores, ya, en alguna manera, equivalentes. Así pasa corrientemente en el orden natural. Por ejemplo, han calumniado a un gran amigo o en su vida privada o en sus actuaciones públicas. Indignados sus amigos, protestan. Y, según la calidad de la persona y clase de la ofensa, procuran deshacer la calumnia de diversas maneras: escriben en su favor, le ofrecen homenajes, organizan públicas manifestaciones, ruedas de prensa y aun mítines, y otros actos encaminados a contrarrestar, y aun superar, la calumnia, cuanto les sea posible. Toda esa actividad es una «reparación» de la calumnia hecha al amigo.

Y los amigos de Cristo ¿no pueden y deben hacer una cosa semejante? Al ver a Cristo no ya olvidado, sino discutido, desfigurado, calumniado en su persona y en sus obras, esa amistad y amor a Cristo ha de impulsar con vehemencia a sus amigos a fomentar más y más en sí mismos su amor y amistad, y luego a darlo a conocer en su persona y en sus obras, con los medios de que

cada uno disponga siempre con el testimonio de su vida. Hay que dar a conocer a Cristo a los particulares para que vuelvan a contarse entre sus amigos, o vuelvan más operante y eficaz su amistad. Hay que darlo a conocer a cuantos influyen en la vida pública, para que este gran Amigo de los hombres, desterrado inicualemente en tantas partes de la vida pública, aun por algunos que dicen ser amigos suyos, vuelva otra vez a influir en ella con su doctrina, con su amor y su gracia, a fin de que las sociedades caminen por los caminos que El ha trazado; de modo que toda la vida, familiar, social y política se ajuste, lo más perfectamente posible, a la voluntad y preceptos de Cristo, y, en particular, al gran precepto de Cristo, suyo y característico, que lo ha de animar y suavizar todo: *el del amor al prójimo*, a ejemplo del mismo Cristo que nos amó hasta morir por nosotros en cruz.

Esta es la gran REPARACION, cuanto está de nuestra parte, la RESTAURACION DEL AMOR A CRISTO en el individuo y en toda sociedad, desde la familiar hasta la política, nacional e internacional. Este es el fuego sagrado que los amigos de Cristo han de procurar encender en todo el mundo. Y esto no son sentimentalismos, sino la actitud más noble y grandiosa y más digna de entusiasmar a toda alma recta y grande, cuanto más noble y grande, mejor.

A esta reparación, pública y social, de las humillaciones y desprecios inferidos a Cristo contribuyen las solemnes procesiones en honor del Sagrado Corazón, y otros actos semejantes. Esto es lo que, además de otros actos íntimos, procuran sus amigos, indignados y dolidos al ver tan desestimado, tan abatido y tan poco correspondido por los hombres a Aquel su grande amigo que murió en cruz por ellos y para quien debe ser poco cuanto en su honor y obsequio se haga.

¿Qué hay que censurar en esta manera de proceder? Los hombres hacen manifestaciones públicas y resonantes por sus amigos calumniados o

maltratados, cuando son personas públicas; y eso mismo, ¿será censurable tratándose de Jesús, a quien todo lo debemos, y para quien es poco o nada cuanto por El hagamos, pues, además de verdadero hombre, es verdadero Dios?

Con las procesiones en honor del Sagrado Corazón y con las que se hacen en honor de Jesús sacramentado, manifestamos nuestro amor y agradecimiento a Jesús, damos público testimonio de fe y nos animamos mutuamente en servicio de tan gran Señor y Padre, sintiendo tan sólo que podamos hacer tan poco por Quien lo merece todo. Aquí no hay triunfalismo desordenado, sino amor y agradecimiento que quiere aprovechar cuantos medios puede para mejor honrar, servir y dar gusto a nuestro gran Amigo Jesús.

### Triunfalismo

Indigna tanto que a tan devotas acciones se aplique por algunos o muchos el calificativo de «triunfalismo» que juzgamos conveniente detenernos un poco en examinar qué es el «triunfalismo» y qué no lo es.

#### ¿Qué es «triunfalismo»?

TRIUNFO se llamaba «la recepción solemnísimamente, llena de esplendor, con que el pueblo romano recibía y aclamaba al vencedor, vuelto a Roma después de una gran victoria».

El adjetivo TRIUNFAL califica una manera *análoga* de proceder en cualquier asunto: científico, literario, religioso...

Y, en fin, TRIUNFALISMO es un neologismo sin definición todavía autorizada. Es difícil definirla con definición completa y adecuada. Intentaremos, por lo menos, cierto análisis y descripción orientadora.

Varios elementos parecen entrar en la expresión TRIUNFALISMO:

1) El elemento fundamental y permanente es sin duda «un empleo de formas triunfales».

2) Pero, como sucede en expresiones de formación semejante, v. g. «optimismo», «pesimismo», «derrotismo» y tantas otras, así también la expresión «triunfalismo» parece incluir cierta «repetición y continuidad de una clase de actos», o «una cierta propensión o tendencia, sea ideológica, sea simplemente de voluntad o afecto, a obrar

adoptando formas o procedimientos triunfales, algo así como por sistema, o *a priori*, o elección general de una manera de vida, prefijada ya de antemano.

3) Por el uso, poco fijo todavía, «triunfalismo» parece incluir también cierta *jactancia* o *alarde* en el empleo o manifestación de formas triunfales. Pero no se trata aquí de *jactancia* o *alarde* puramente objetivos, pues estos actos subjetivos pueden acompañar actos triunfales, y también otros que no lo son, aun actos de pobreza o penitencia. Se trata, por consiguiente, de una *jactancia* o *alarde objetivo* apreciable claramente, como tal, en el ámbito exterior.

Sin querer entrar en distinciones sutiles, nosotros nos inclinamos a pensar que lo más sustancial y aun lo más apto y adecuado para percibir si hay o no hay «triunfalismo» desde este punto de vista, es ver si los actos triunfales tienen o no tienen razón de ser, esto es, si van encaminados y ordenados a lograr fines necesarios o convenientes, siempre proporcionados a las modalidades del acto o actos triunfales. Si hay tales fines, las formas triunfales desde este punto de vista serán justas, no podrán ser tachadas de odioso «triunfalismo»; si faltan tales fines, las formas triunfales serán o parecerán a muchos, quizás a los más, formas triunfales inconvenientes y más bien provocadoras, o, hablando en lenguaje cristiano formas que faltan, por lo menos, a la caridad y, por tanto, deben suprimirse o no emplearse.

Pongamos un ejemplo, donde puede verse que, aun usando el mismo término «alarde», se puede discernir suficientemente si hay o no hay «triunfalismo», atendiendo a los fines de la acción triunfal, de la que se hace alarde. Una nación puede hacer un *alarde* de fuerza, v. gr., en unas maniobras militares, para demostrar su potencia militar y aun su superioridad ante otras potencias enemigas; lo que puede ser acción justa y conveniente en defensa previsora contra futuras desavenencias y choques. Y si esas potencias no se dan por enteradas y persisten en su adversa actitud, pueden repetirse justamente esos alardes de fuerza cuantas veces se juzgue conveniente para conseguir los fines pretendidos. ¡*Alardes de fuerza!* Y, no obstante, pueden ser justos por razón de los fines a que se ordenan. Pero «*alardear*» parece incluir repetición de actos, hechos simplemente para lucirse o hacerse ver, sin fines elevados a que se ordenen. Y, por tanto, parece incluir una complacencia exagerada en las mismas formas triun-

fales. Por lo cual, así como de un individuo, exagerado o excesivo en manifestaciones de sus cualidades, decimos vulgarmente que «*se pavonea*», lo cual nos desagrade, así también de una sociedad puede decirse que «*se pavonea*», cosa desagradable y poco noble, cuando hace ostentaciones y alardes que podrían muy bien omitirse o deberían omitirse, por ser exagerados o, por lo menos, claramente superfluos para los fines pretendidos. Así que, usando el mismo término material para significar una acción, por la sola diversidad de los fines puede variar la bondad y nobleza del significado. Y eso, precisamente, ocurre con el término «triumfalismo». Y, por consiguiente, puede haber «triumfalismo» odioso y «triumfalismo» honesto y justo. Los anti-triumfalistas suelen censurar globalmente, y sin hacer distinciones, todo «triumfalismo» en asuntos religiosos.

Puestas estas nociones y reflexiones aclaratorias para no divagar en la materia, entremos ya, directamente, en nuestro asunto.

### Triumfalismo en la devoción al Sagrado Corazón

Por lo que acabamos de decir, se ve que no es ni puede llamarse «triumfalismo», propiamente hablando, cualquier acto solemne y triunfal. Para censurar de «triumfalismo» la devoción al Sagrado Corazón es preciso probar que el uso y manifestación de formas triunfales en el procedimiento adoptado en esa devoción como pos sistema o, por lo menos, con manifiesta preferencia, atendido todo el conjunto de las manifestaciones propias de dicha devoción. Y, si esto no, que por lo menos adopta formas triunfales sin ordenarlas a obtener fines importantes proporcionados.

Nada más falso que todo esto. En primer lugar, las formas más frecuentes de esta devoción son más bien íntimas y de gran recogimiento: Horas Santas, Comuniones Reparadoras, actos de dolor, de amor y de expiación. Quizá la única manifestación resonante, pública y social, es una procesión el viernes de la Octava del «Corpus», es decir, una vez al año. Y aun esta procesión hay que considerarla dentro del gran conjunto de las fiestas que celebra nuestra Santa Madre la Iglesia.

Como en otra parte hemos ampliamente demostrado —en nuestras obras sobre «La Iglesia y el Estado» y «La libertad religiosa»—, la Iglesia, por ser *visible* y al mismo tiempo *necesaria para todos*, es preciso que busque eficazmente maneras

de darse a conocer; a este fin escoge los misterios que, rodeados de luz, puedan impresionar más y atraer más al público que los contempla.

Para ello la Santa Madre Iglesia ha escogido con especial amor y ternura el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, llamado por antonomasia «misterio de fe y de amor». Y como ha de atrear a intelectuales y no-intelectuales, a cultos e incultos, a los dirigentes y al pueblo, es preciso moral y prácticamente que adopte, por lo menos de cuando en cuando, procedimientos que causen impacto muy particularmente en las masas.

Ciertamente, las personas cultas y bien formadas prefieren, *por lo que a ellas toca*, la sencillez. Van más directamente a la realidad, sin necesitar para sí el aparato y exhibición. Aun en el terreno *especulativo*, la persona culta y bien formada busca, por lo general, y oye con agrado las razones, limpias y expuestas en forma sencilla y cristalina, que hablen por sí mismas. En cambio, las personas incultas o poco cultas necesitan frecuentemente lo que diríamos «literatura»: a saber, maneras llamativas de expresar el pensamiento, generalmente en forma imaginativa, sembrada de imágenes y, aunque, a primera vista parezca extraño, de modo que se excite el sentimiento, con lo cual más fácilmente se excita la atención y se percibe y capta más rápida y penetrantemente lo que de otra manera hubiera pasado inadvertido y aun, quizá, mal entendido.

Y si vamos a la *acción*, el pueblo necesita formas impresionantes que, en cierta manera, le penetren hondamente. Una procesión del Santísimo, devota pero también triunfal, con música sagrada bien escogida, largas hileras de gente, con hachas o cirios, cantando himnos, con aclamaciones fervientes al Santísimo, impresiona más al pueblo y quizá a todos, y le prepara y mueve a la acción más que una explicación especulativa del dogma. Para un pueblo suficientemente o aun elementalmente formado, todo ese grandioso conjunto es lo que, para el sabio, el corto y claro, acerado y tajante silogismo. Es el medio adecuado para grabar en su espíritu más hondamente el misterio, y para impulsarlo a vivir una vida conforme él. Y casi lo mismo se puede decir de una procesión en honor del Sagrado Corazón. En ella se cantan devotos himnos celebrando y anhelando el reinado de Cristo. («Ven, Corazón Sagrado / de nuestro Redentor...»), o bien ensalzando el amor de Cristo, su sacrificio por nosotros...; y, todo ello, al aire libre, en comunicación con el

ambiente externo: medio aptísimo para enardecer el espíritu y conmoverlo, más o menos según la receptividad del sujeto, pero siempre con más eficacia para la generalidad del pueblo que en un recinto cerrado y silencioso, rezando y cantando tan sólo ante gente devota y por decirlo así, en la intimidad del corazón. Esto es más propio de gente selecta y especialmente cultivada a sí misma, y tiene otras maneras de penetrar las realidades más acomodadas a su manera de ser subjetiva.

Hay más. Así como a la gente bien formada y profundamente religiosa en una solemne y devota procesión le impresiona sobremanera ver honrado a Jesucristo, que tanto se humilló por nuestro bien, igualmente el pueblo sencillo, se alegra de que honren a Jesucristo con la mayor honra posible. No se necesitan grandes conocimientos y teologías para entender la grandeza del amor de Cristo que hasta murió deshonrado en cruz para salvarnos. Y es natural y obvio alegrarse hondamente al verle honrado y aclamado por todos, pobres y ricos, gobernantes y súbditos, como compensación, aunque pequeña, de las grandes humillaciones que pasó por nuestro amor. Esto lo comprende fácilmente aun la gente más sencilla. Y así, una gran procesión, solemne y devota, en honor de Jesús sacramentado, les hace sentir vivamente esta verdad y los confirma en su culto al Santísimo y en querer participar de este misterio de amor. Por esto las grandes procesiones del «Corpus» se han aceptado y extendido con tanto fervor religioso. Antes de que Clemente V y Juan XXII decidiesen definitivamente la celebración de la solemnidad del «Corpus» en toda la Iglesia, ya se celebraba en diversas naciones con gran aparato y esplendor. Mucho más recientes las procesiones en honor del Sagrado Corazón también han tenido y tienen su solemnidad y resonancia, especialmente en los sitios, esparcidos en casi todo el mundo, donde hay Casas de la Compañía de Jesús.

Por esto nos gozaremos siempre en las espléndidas procesiones del «Corpus» y en las del Sagrado Corazón «del cual fluyó el gran Sacramento de la Eucaristía», como con frase valiente nos enseña Pío XI. Nos gozaremos, alto el rostro y sin temor de nada ni de nadie, siguiendo las directrices y enseñanzas de nuestra Madre la Iglesia y las prácticas tradicionales, henchido el corazón de satisfacción y de dicha, deseando siempre más y más para honra de Jesús Sacramentado y

para honra del Sagrado Corazón, teniendo siempre aquello de «*Deus semper major*», o, más en concreto, aquello de Cristo «...en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en lo más alto de los cielos, sobre la tierra y en los infiernos (Filip. II, 10). Con esta fe iluminada, con esta profunda convicción y con estos sentimientos de amor y adoración queremos con humilde y tranquila intrepidez traspasar el tiempo para entrar en la grande, inmensa, tres y tres veces santa Eternidad, imperio soberano de nuestro Dios: nuestro Dios y Padre que allí nos espera y que allí quiere honrar a los que en esta vida le confesaron y honraron.

Por todo esto no es exagerado en manera alguna decir que un pueblo bien formado, conocer de Jesucristo y que ama a Jesucristo, por necesidad emplea formas triunfales, por lo menos en las grandes ocasiones y goza en emplearlas. Quiere mostrar ante cielos y tierra, cuanto más alta y potentemente mejor, su agradecimiento y amor a quien, siendo Dios, se abajó hasta tomar forma de esclavo por nuestro amor. Y en fuerza de este amor y agradecimiento le parece todo pobre y poco.

En otro tiempo nuestro pueblo mereció el calificativo de «pueblo teólogo». A esta teología o sabiduría religiosa contribuyó en gran medida una verdadera «triumfalismo religioso», deleite del pueblo, procesiones solemnes, sembradas de imágenes y de simbolismos religiosos; autos sacramentales que eran públicas y solemnísimas manifestaciones de culto y adoración al misterio de la Eucaristía; y tantas otras formas de piedad por este estilo, grandioso y embriagador, enormemente sugestivo y aleccionador o magisterial para todos, pero, sobre todo, para el gran pueblo cristiano. Por esto parecen cometer una especie de sacrilegio los que en nuestro tiempo, por añoranza de sencillez que más bien parece pobreza y raquitismo de espíritu, suprimen o recortan procesiones, arrinconan imágenes, quieren, ¡oh dolor!, ocultar y vulgarizar hasta los Sagrarios, eliminan toda clase de exhibiciones hechas con alguna solemnidad y esplendor, y sólo se sienten satisfechos cuando en silencio alienta un *pusillus grex* que casi parece querer esconderse caminando de puntillas para que no oigan sus pisadas que han de ser silenciosas, humildes y nada triunfales. Todo en silencio, en la intimidad, ahogando el grito expansivo de adoración y alegría que pugna por brotar del corazón.

No es ésta la manera de guiar y conducir al pueblo. Los conductores de masas nos dan ejemplo. Ellos hacen grandes concentraciones, forman coros hablados, cantados, en los que una y muchas veces se afirman y repiten clamorosamente por multitud de jóvenes electrizados las ideas que se pretende inculcar acuñadas en sentencias breves y tajantes. Música valiente y triunfal lo acompaña y realza todo. Pues, si para inculcar cosas terrenales y efímeras, con frecuencia perturbadoras y falsas, se usan estos medios que, innegablemente, entusiasman al pueblo, por lo menos a los jóvenes, y son como una expansión necesaria de la vida que bulle en el interior, ¿las proscibiremos, sin más, nosotros, los católicos, a no ser que circunstancias temporales no lo permitan, y será siempre impudente e ilícito usarlas para vigorizar e inflamar los ánimos de las multitudes a gloria y honra de Dios. El nos libre de este pecado y de dar esta satisfacción a Satanás.

*Jesucristo Nuestro Señor* no usó propiamente de «triumfalismo», empleando formas triunfales como norma ordinaria de conducta. Pero con su ejemplo nos enseñó a saberlas emplear oportunamente en ocasiones. Ciertamente las rechazó cuando se las proponían para lograr egoístamente, mediante ellas, provechos puramente temporales, como cuando le querían proclamar Rey. (S. Juan VI, 15 - Véase VI, 26). Pero otras veces las aceptó y las empleó para fines espirituales, conforme a su misión redentora.

*La Santa Madre Iglesia ha seguido el ejemplo de su Fundador y Maestro.* En este punto, lo más importante a nuestro modesto juicio es hacer ver que la Santa Iglesia no se contenta con un esplendor y pompa, por decirlo así, de callada intimidad y recogimiento; forma quizá, en cierto sentido, triunfal, pero manifestada tan sólo con deseos íntimos, súplicas fervorosas y, en general, con formas que no traspasan el templo. La Santa Madre Iglesia desea, procura y promueve que las multitudes aclamen a Cristo «ovantes» (con ovaciones) en los templos y al aire libre, con pompas, actos y regocijos públicos. Si a eso algunos quieren llamar «triumfalismo», ¡bienvenido sea ese «triumfalismo». Lo desea y nos lo enseña nuestra «Madre y Maestra», la Santa Madre Iglesia.

Y, ante todo, nos lo enseñan los *Romanos Pontífices*. Estos han bendecido y alentado los grandes Congresos Eucarísticos, tanto nacionales como mundiales, enviando a ellos sus Legados, y hasta hablando ellos mismos y usando los moder-

nos medios de comunicación que resuenan potentes por todo el mundo. Asimismo, en las conmemoraciones de grandes acontecimientos religiosos han visto con agrado y alentado las solemnes fiestas y manifestaciones llenas de pompa y esplendor. Citemos, como ejemplo, entre otros muchos, las palabras de S. Pío X, cuando, apenas elegido Papa, se afanaba por celebrar dignamente el 50 aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada. El mismo año de su elección, 1903, en Carta del 8 de setiembre, confirma la Comisión Cardenalicia nombrada por León XIII para «adherirse al deseo de los fieles de todo el mundo de que este aniversario se celebre con solemnidad extraordinaria». Qué entendía el Santo Pontífice por «solemnidad extraordinaria» lo declara poco después (2-IX-1904) en su admirable Encíclica «*Ad diem illum*», nunca bastantemente estudiada: «Ciertamente ningún honor es más deseado (por María), ninguno le es más agradable que el que conozcamos debidamente y amemos a Jesús. Por tanto concurren multitudes de fieles a los templos ( ), haya festivas pompas, haya regocijos sociales y públicos (*laetitiae civitatum*): cosas que sirven poco para fomentar la piedad. Con todo, si a eso no se *añade* la voluntad interior, tendremos formas que solamente ofrezcan apariencias de culto» ( ). Dos elementos distingue el Santo Pontífice para honrar y dar culto a la Virgen: el exterior, que describe con bastante detención, y el interior. Los dos son necesarios, como el cuerpo y el alma en el hombre. Del elemento exterior (festividades y regocijos, aun sociales y públicos) dice taxativamente que «*non mediocres usu afferunt ad pietatem fovendam*». ¿Con qué derecho, pues, los anti-triumfalistas los mandan suprimir o rebajar, y parecen darles en rostro, pues toman pretexto de ellos para censurar a la Iglesia, censurando lo que aliente y alaba la Iglesia?

Corona y confirmación de lo dicho es la fiesta magna de Cristo-Rey. Instituida con grandes esperanzas y con gran amor por Pío XI. La comenta con verdadera inspiración el R. P. Juan Manuel de Igartua en su libro «El misterio de Cristo Rey», rigurosamente exacto y a la vez canto triunfal. Copiemos algún fragmento: «...Con exacto conocimiento del alma del pueblo, a quien le hablan los sentidos y la presencia de las cosas más que los documentos, instituye (Pío XI) la fiesta para conmover y enseñar a los fieles. «Los documentos hablan una sola vez, las fiestas todos los años y perpetuamente; aquéllos tocan sobre todo la men-

te, éstas, en cambio, no sólo la mente, sino también el corazón y, en suma, todo el hombre..., de modo que a través de la variedad y de los ritos sagrados convierte las enseñanzas divinas en carne y sangre». ( ). Y, unas páginas antes, en síntesis emocionante, escribe, o más exactamente canta el autor el triunfo de Cristo Rey: «Este es el progreso del triunfo de Cristo Rey. Del fondo de los altares ha salido a la vista de las muchedumbres. Y en los Congresos Eucarísticos como en Budapest o Buenos Aires, o Chicago o Barcelona, o Río de Janeiro, ha sido paseado en triunfo, ya en espléndida procesión por las calles modernas de la gran ciudad, ya entre millares de cirios reflejándose en las aguas del gran río, ya por el esplendor del puerto cuajado de navíos. Y así en Río de Janeiro la imagen gigantesca del Rey del monte Corcovado presidió el triunfo eucarístico de Cristo-Hostia, y en Barcelona se oyó la voz de España consagrándose a la Eucaristía bajo la sombra del Templo expiatorio del Tibidabo. Porque nuestra España es el país de los triunfos antiguos del Sacramento, donde las procesiones del Corpus y las escuelas únicas de religión de sus autos sacramentales «para espiritual recreación de cuatro demacrados ascetas que parecían hechos de raíces de árboles», todavía viven y renuévanse entre sus costumbres. Ningún otro país del mundo puede presentar el ejemplo de sus grandes literatos, católicos entonces hasta la médula, presentando las fórmulas sublimes en poesía escénica». ( ).

## Conclusión

Nada mejor, ni igual, podemos nosotros añadir. Terminemos deseando ardientemente y haciendo votos para que los fieles, llenos de alegría y santos entusiasmos, den siempre hasta el final de los siglos testimonio de su fe, con solemnidades extraordinarias en las que aparezca clara y manifiestamente que están llenos de júbilo por pertenecer a la única Iglesia verdadera, la Santa, Católica, Apostólica y Romana Iglesia; y que están satisfechos y agradecidos a Cristo, Nuestro divino Redentor, por habernos dejado, como Vicario suyo, al Romano Pontífice, dotado de la gran prerrogativa, exclusiva suya, del Magisterio infalible, cuando habla *ex Cathedra*, y que a la luz inextinguible de ese Magisterio, siempre venerable aun en su función ordinaria, quieren celebrar

con sociales y públicas alegrías y regocijos las grandes festividades litúrgicas, como son muy particularmente las de «Corpus Christi», «Sagrado Corazón» y la de «Cristo Rey»; y podríamos añadir, para España, la de la Inmaculada.

Esa alegría santa, social y pública, no se extinguirá jamás, a pesar de tener adversarios tan tristemente valientes y no esperados. A pesar de ellos, y aun de toda la rabia del infierno, subirán siempre al cielo las voces de júbilo y los himnos de gloria que el fiel pueblo «cristiano», desde este «valle de lágrimas», entonará mirando con esperanza y amor a la venturosa Patria, donde ya nos esperan tantos que con nosotros cantaron en el destierro las glorias y magnificencias de amor de Nuestro Señor y Redentor.

¡Bendito sea éste, si así se le quiere llamar, «triumfalismo», pero «triumfalismo» santo, vivificante y confortador, que nos eleva y sublima, despegándonos, poco a poco, de nuestras profundas aficiones terrenas que nos apegan y quieren que, inclinados los ojos al suelo, hagamos del destierro la patria, de la tierra el cielo!... «La Iglesia Católica —concluiremos, haciendo nuestra la expresión relampagueante y henchida de fe, del señor Arzobispo de Valencia, Mr. Olaechea— fue, es y será siempre triunfalista. No puede dejar de serlo ( ). Infinitas gracias a Jesucristo que nos ha merecido y concedido este preciadísimo don de pertenecer a ella y sentir con ello» ( ).

Puede ser que vengan días en los cuales, por permisión de Dios, Nuestro Señor, las tinieblas se extiendan y cunda la confusión, y muchos deserten y pasen al bando de los enemigos de nuestra Religión, y los fieles vengan a ser quizá unos pocos, unos como supervivientes, esparcidos acá y allá, en el gran naufragio de la Fe. Entonces, claro está, no podrá haber actos sociales de aclamación y de triunfo. En esos días de tribulación y oscuridad, soterrados en tierra como el grano de trigo, hemos de conservar un espíritu de fe, esperanza cierta de la victoria final y una caridad ardiente ante todo para con Dios, y, por El, para con los prójimos, en unión fraterna entre nosotros y con leal sumisión a las directrices y mandatos de la Jerarquía; y en este sentido un espíritu *potencialmente triunfal*, que sólo espera la oportunidad para brotar, manifestarse y manifestar las glorias de nuestra Santa Religión. Ese tiempo de oscuridad y como aniquilamiento social será nuestro invierno para rezar y orar con fervor concentrado, esperando la hora de Dios y del

resurgir en espléndida primavera, que venga a producir frutos sazonados de vida sobrenatural.

Quizá sea ésta la forma que nos tocará vivir, mientras se consuma la prueba terrible por la que nos toca ahora pasar. Pero siempre podremos y deberemos, más o menos calladamente, más o menos clamorosamente, entonar, por lo menos con el clamor íntimo del corazón, el cántico de los hijos de Dios: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes se ha complacido (Dios)». (Lc. II, 14). Gloria en el cielo y paz en la tierra. Las dos a la vez. Pero, primero, la gloria de Dios. Vendrá luego la paz, la verdadera paz. Si falla la gloria de Dios, fallará también la paz sobre la tierra.

Terminemos ya, sin querer terminar: Si es «triumfalismo» vivir de Fe luminosa y contagiante, de esperanza inquebrantable y de amor ardiente a Jesús y por El a los demás, Dios, rico en misericordia, nos conceda vivir siempre la vida escelsa de esos actos triunfales y poderlos manifestar de alguna manera, en Congresos, procesiones u otras formas semejantes, para atraer a todo el que se ponga en contacto con nosotros y hacerlo participante de esa vida triunfal, anticipo del cielo, y con todo ello glorificar, cuanto más y más, mayor y mejor, a Jesús Eucaristía y a su fuente sublime, el Sagrado Corazón, «del cual fluyó el gran Sacramento de la Eucaristía».

---

## LITUANIA TIERRA DE FE, TIERRA DE CRUCES

Con este título *Ediciones Albatros* de París ha publicado un libro de André Martin en el que relata, con testimonios documentales nunca desmentidos, el sarcasmo cruel que es para los cristianos la diferencia entre la letra de la legislación que rige «oficialmente» en Lituania, como en los demás países dominados por el comunismo, y el invariable criterio que siguen los tribunales a los que hacen comparecer a los católicos acusados de «infracción a las leyes soviéticas», de «delitos de opinión», de «difusión de literatura antosoviética», etc., por el solo hecho de enseñar el catecismo los sacerdotes, de educar cristianamente a sus hijos los padres católicos, de asistir al Culto. Es en vano que los acusados invoquen las leyes que el Gobierno proclama con sin igual cinismo en las reuniones internacionales: Los «derechos del hombre», la «libertad de conciencia», el «disfrute de iguales derechos para los creyentes que para los ateos»... Señala datos interesantes sobre la discriminación que los aspirantes al sacerdocio sufren al intentar seguir los estudios

en el seminario, al que sólo tienen facilidad de acceder aquellos que son propicios a «colaborar» con el Gobierno que no ha cesado ni un momento la campaña de exterminación de la Iglesia católica, desarrollada, según plan rigurosamente establecido, desde la revolución de octubre.

También queda clara la vergonzosa indiferencia del «mundo libre» ante las persecuciones de los cristianos del Este y la inoperancia de la Sociedad de Naciones, de su Presidente, de la misma Curia Romana, ante las repetidas apelaciones de esos cristianos víctimas de las más astutas violaciones de los derechos y dignidad de la persona que proclaman defender. Sus repetidas apelaciones han caído en el vacío, no han recibido *ninguna respuesta*.

El libro de André Martin hace meditar y hace temer.

M. L. S.

---



# SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS (VIII)

M. M. DOMÉNECH I.

Fray Tomás. —¿De qué te ríes, hijo?

Discípulo. —De esto; mire qué anuncio; esta casa francesa fabrica una secadora de ensalada. Las amas de casa podrán centrifugar las hojas de ensalada como hacen con la ropa, y ya no tendrán que sacudirlas para secarlas.

F. —¿Es posible esto?

D. —Ya ve. Esta es al marca; yo pensaba que con el abrelatas con motor o el cepillo de dientes eléctrico se habían agotado las posibilidades de matar moscas con nañones, pero por lo visto esto no tiene límite. ¡Qué bueno! ¡Una secadora de ensalada!

F. —No lo entiendo.

D. —Pues por una vez, déjeme que sea yo el que se lo explique. Dicen los economistas que el desarrollo económico se basa en el tecnológico; si llegara un momento en que ya no se inventaran más cosas, la economía se vendría abajo. Por ejemplo, cuando ya todo el mundo tiene televisor, se empiezan a fabricar en color, pues de lo contrario no se podrían vender suficientes para tener en funcionamiento las fábricas, con lo que tampoco se comprarían componentes electrónicos ni materias primas para ellos. Hay un efecto multiplicador a través de todas las industrias subsidiarias que ocasiona el paro obrero y el colapso de la economía. Por eso hay que inventar siempre algo, cepillos de dientes eléctricos, secadoras de ensalada o lo que sea, con tal de que valga dinero y cueste trabajo producirlo.

F. —¡Qué falta de creatividad!

D. —Exactamente; cuando no hay creatividad, hay crisis de la civilización, ha dicho Arnold Toynbee. Vamos por una vía muerta; hace muchos siglos que se tomó el desvío por el lado de la vía muerta.

F. —Yo dejé este mundo en un momento en que no podía sospechar que las cosas fueran por ese camino, si es que puede llamársele camino.

D. —No se puede pero se le llama; se dice que el camino se hace al andar y en paz; no vamos a ninguna parte, pero por lo visto da igual. Hemos olvidado el ser; la verdad se sustituye por un conjunto de teorías que consisten en la abstracción de leyes fisicomatemáticas y modelos de gestión social, cuya posesión nos hace creer que podemos gobernar el mundo; y el bien se ignora porque las matemáticas nada tienen que ver con el bien y el mal, como usted ya sabe.

F. —Pero las matemáticas se conocen desde muy antiguo. ¿Por qué ahora han cobrado tanto poder?

D. —Cuando usted vivía sólo se habían inventado dos magnitudes físicas: el espacio y el tiempo; la geometría y la cinemática, es decir la astronomía, agotaban el saber fisicomatemático. Isaac Newton inventó la masa, otro ente de razón cuyo funcionamiento real ignoraba, según él mismo confesó. A partir de entonces se han inventado muchas magnitudes más, todas ellas entes de razón, pero que los hombres hemos hipostasiado y revestido con la imaginación de cualidades sensibles arbitrarias. Esto se ha tomado como la realidad de la cosa y cuando alguien ha nombrado el ser se le ha tachado de iluso, con el pretexto de que no es necesario hablar del ser para la posesión de la universidad de las leyes materiales donde está ausente el bien.

F. —Esta universalidad de que hablas, no proviene de nada universal, sino de algo común. La materia es principio de la cantidad, y las leyes físicas se expresan según ecuaciones entre medidas de cantidades, por eso contra más cerca

de la materia hagas las medidas, más comunes serán los resultados y más apariencia de universalidad tendrás.

D. —Gracias Fray Tomás. Hablamos hoy tan mal y con tan poca precesión que hasta olvidamos el significado de las palabras.

F. —Antes has dicho que la posesión de las leyes fisicomatemáticas os hace creer que podéis gobernar el mundo, pero no me has explicado cómo.

D. —En su tiempo se creía que el movimiento de la esfera subllunar era causado por el de las esferas celestes; recuerde todo lo que tuvo usted que argumentar para hacer ver que la voluntad humana no está sujeta al movimiento de los astros. Cuando Newton fue capaz de encontrar la ley a que obedecen los movimientos de los astros, se creyó que se tenían las llaves del cielo, y como consecuencia las de la tierra; no sólo se podían predecir las consecuencias de los movimientos de los astros, sino que hasta se podía adivinar la existencia de un astro por medio de la ley que los gobierna a ellos.

Así se hizo el 21 de octubre de 1845, cuando Adams envió a Sir G. B. Airy la posición de Neptuno con pocos grados de error. Aunque Airy no hizo caso, Neptuno fue visto por primera vez el 23 de septiembre de 1846, por Galle, al dirigir el telescopio en la dirección que le indicaba Leverrier en una carta, el mismo día que la recibió. Galle contestó a Leverrier: «el planeta cuya posición usted me indicó, existe realmente». Al presentar, Leverrier, el 5 de octubre los resultados a la academia de ciencias, supuso que este planeta serviría para hallar otro más lejano. Y así fue: el 12 de marzo de 1930, C. W. Tombaugh descubrió Plutón en el observatorio Lowell de Flagstaff (Arizona). Perival Lowell y E. C. Pickering repitieron la proeza de Adams, aunque se basaron más en Urano que en Neptuno que es más difícil de observar. Plutón no pudo ser comprobado hasta que por el método «Blink» se compararon dos fotografías del cielo en épocas distintas.

Ese tanto de magia y brujería que usted vio en la astrología, nunca ha abandonado lo científico. La ciencia siempre ha venido envuelta en un halo de embaucación y de misterio; la ciencia es como la práctica oficial de la adivinación; imagínese usted la cantidad de brujerías que debieron hacer a finales del siglo XVIII, Luis Galvani y Alejandro Volta hasta llegar a combinaciones

tan raras como ancas de rana con pilas de discos de zinc, cobre y trapos acidulados, al descubrir y hacer los primeros experimentos con la corriente eléctrica.

Yo diría que el brujo del científico sólo se distinguen en que éste hace medidas y aquél obra a sentimiento, pero a los dos les conviene esa orla de misterio embaucador que los hace detestables. Lo más triste es que todo este movimiento científico se desarrolló con afán antiaristotélico tendencioso. El mismo Galileo montó el número de la torre de Pisa para popularizar la creencia de que Aristóteles era tonto; si hubiese buscado algo práctico y útil no se hubiese subido a la torre para hacerse ver de tantos mirones.

F. —¿Y Por qué se le tenía tanto odio al filósofo?

D. —Yo creo que al que no podían ver era a usted, pero como a usted nunca le han podido atacar de frente, porque es tan sintético que corta la salida de la verdad siempre por los dos extremos, puntualizando muy bien en qué se equivocan y por qué los que se separan de la verdad de una manera o de otra, no les ha tocado más remedio que combatir aquello de lo que usted toma ejemplos para explicar su doctrina: la física aristotélica; así les parece que socavan sus fundamentos, cuando, en realidad, a los hombres de buena voluntad les basta tomar como metáforas aquellas afirmaciones que hoy se piensan de otra forma.

F. —¿Son muchas las cosas que hay que interpretar de otra manera?

D. —Muy pocas; yo diría que casi ninguna. La primera vez que abrí la Suma Contra los Gentiles, lo hice por el capítulo XXIII del libro tercero, que habla de que el movimiento celeste obedece a un principio inteligente, y que esto causó tal impresión a mi ignorancia que no he quedado tranquilo hasta que he comprendido que el movimiento inercial, para el que convienen todas las características que usted atribuye al movimiento celeste, necesita como causa un principio inteligente de la misma manera que el movimiento celeste en su Suma.

La tendencia al lugar propio, como perfección de las formas de los elementos, debe sustituirse por la tendencia de las partes hacia su posición en el todo, también por apetencia de la forma a la perfección, y volvemos a descubrir el universo jerárquico, gobernado por la Providencia, cuyas órdenes ejecutan poderosamente los ángeles y

obedecen las más íntimas interioridades de los más sencillos elementos químicos.

Me explicaré más: la gravitación es el resultado de las apetencias de los cuerpos por todas las demás formas, debido al hecho de que las formas que poseen no colman totalmente el ansia de ser actual de la materia prima.

F. —Pero los cuerpos no alcanzan nuevas formas al término del movimiento por la gravitación.

D. —Porque se lo impiden las formas que poseen por ser más fuerte la tendencia a conservar la forma actual que a adquirir las demás, pero si se las desplaza, por medio del calor por ejemplo, se obtienen nuevas formas si la apetencia de la materia por ellas es mayor.

F. —¿Y las demás fuerzas naturales que habéis descubierto?

D. —No crea que son muchas. Con las electromagnéticas y las interacciones nucleares se completa el tema; todas estas fuerzas se despiertan para actuar según el nivel de subsunción de las formas virtuales por las que se ejercen; si son formas muy elementales, cuyo cambio sustancial es radical y no por subsunción de formas, se tienen interacciones nucleares como en la bomba atómica, transmutación de elementos químicos; y si el cambio es por simple subsunción, no se desciende tanto a las entrañas materiales y se ejercen sólo interacciones electromagnéticas como en la combustión de la madera; los cuerpos se combinan unos con otros según la afinidad mutua para formar compuestos; imagino que la palabra afinidad le será familiar, pues fue Fray Alberto quien la introdujo en química. Es, pues, muy cierto que toda tendencia natural es por apetencia de una materia al bien que es el ser por una forma.

En resumen, que las fuerzas corporales que son perfectivas, son divinas; sólo Dios puede imprimir formas en la materia prima, y el motor es quien infunde la forma; y la inercia que es el movimiento de los cuerpos por trayectorias de valor ontológico constante puede ser angélica; las formas corporales tienden a modificar el accidente «situs» y las sustancias inteligentes separadas modifican el accidente «ubi» al causar el movimiento local de las partes en el todo o del todo en conjunto respectivamente; Dios como causa primera, los espírituangélicos como ministros ejecutores de su providencia, y los cuerpos con su actividad particular, obtienen el universo

que hace posible nuestra vida humana, camino de la eterna.

F. —Realmente no veo ningún impedimento para la fe en lo que me dices, y es casi lo mismo que pensábamos en mi tiempo.

D. —El espíritu de la revolución liberal gozó mucho en el supuesto universo que se mueve por azar, mecánicamente según un impulso ciego conservado sin causa; la democracia y la dialéctica quieren verse respaldadas por una realidad que funciona a su manera; en cambio, la jerarquía providente y descendente que hay en la creación, nos hace comprender la belleza y la armonía del gobierno de uno que guarda el orden de la subsidiaridad.

F. —¿Has meditado despacio aquello tan hermoso de San Agustín, en La Ciudad de Dios?

«El Dios sumo y verdadero, con su Verbo y el Espíritu Santo, tres que son uno, Dios uno y omnipotente, Creador y Hacedor de toda alma y de todo cuerpo, por cuya participación son felices cuantos son felices por la verdad, no por la vanidad; que hizo al hombre animal racional de alma y cuerpo; que, en pecando éste, ni permitió que quedara sin castigo, ni le dejó sin misericordia; que dio a los buenos y a los malos ser con las piedras, vida seminal con los árboles, vida sensitiva con los animales, y vida intelectual con solos los ángeles; del cual procede todo modo, toda especie y todo orden; del cual promana la medida, el número y el peso; del cual procede cuanto naturalmente es, de cualquier género que sea y cualquiera que sea su valor; del que proceden los gérmenes de las plantas, y las formas de los gérmenes, y los movimientos de los gérmenes y de las formas; que dio también a la carne origen, belleza, complexión, fecundidad de propagación, disposición de miembros, salud y armonía; que dio al alma irracional memoria, sentido y apetito, y a la racional además mente, inteligencia y voluntad; que no dejó sin conveniencia de parte y sin una especie de paz no sólo al cielo y a la tierra, ni a sólo el ángel y al hombre, sino ni a los entresijos del más vil animalito, ni a la alita del ave, ni la florecilla de la hierba, ni una hoja de árbol, en modo alguno es creíble que quisiera fueran ajenas a las leyes de su providencia los reinos de los hombres, sus señoríos y sus servidumbres». (Capítulo XI, Libro V, La Ciudad de Dios.)

(Entonces me despertaron los gritos de una manifestación.)

AL MEDIO SIGLO

# 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

## LXIII

### CONCLUSION

#### **Escribimos esta serie de artículos desde hace diez años**

Hace exactamente diez años. En el número de CRISTIANDAD 432, de febrero de 1967.

Comenzábamos una serie de artículos —la modestia de su contenido es tan evidente que no hace falta falsa humildad para proclamarlo— que comenzamos, y luego hemos seguido a vuela pluma, sin proponernos nunca ningún plan: esta serie ha tenido, sin embargo, y en verdad, una nota singular, poco frecuente. Ha durado diez años, y, con la ayuda de Dios, hemos llegado al artículo LXIII: su CONCLUSION.

«Al medio siglo. — 1917, en la Teología de la Historia».

#### **Y ahora, en su final, volvemos y repetimos el contenido del comienzo**

Vamos a acabar como comenzábamos.

Si el lector conserva aquel número 432, podrá ver como, discípulos de SCHOLA CORDIS JESU, madre de CRISTIANDAD, lo somos, desde lo más hondo de nuestro corazón, del Fundador, el Padre Orlandis, y recordábamos aquel día «el más grande entre todos los que pasamos rodeando a nuestro Padre. Un momento en que, como inspirado, nos dio a conocer unas líneas (...) que sonaron en aquel cenáculo de jóvenes con el estampido del cañón del trueno. Eran los párrafos finales de “La Soberanía Social de Jesucristo” y de las “esperanzas de la Iglesia” del Padre Ramière: Nos leía...»

«(...) Merced a los descubrimientos de la ciencia moderna, en la persuasión de que así los sabios modernos, como los navegantes del Renacimiento y los conquistadores romanos, fueron y son los instrumentos de que se sirve la Providencia para preparar la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.»

«De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor, ni las de la electricidad» (...), pero, decía a su interlocutor de San Petersburgo (...): podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su

ignorancia, engañañase muchas veces (...) las unas, quiere hendir una encina con un cuchillo, otras, lanza una bomba para quebrar una caña; pero la Providencia va recta a su fin y no en vano agita al mundo. (...) Nos hallamos dolorosa pero muy justamente pulverizados; mas si unos ojos tan miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, creo que esta pulverización tiene por objeto facilitar la aleación».

«Este modo de ver tan animoso, ¿es en realidad opuesto al de Donoso Cortés? No. (...) Empleando una de sus expresiones ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en borrar la página que la razón humana, sublevada contra la Fe, se ha ocupado de escribir por espacio de tres siglos: pero la ve al propio tiempo dispuesta a escribir sus propias obras en estas página anulada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos, reconoce el gran filósofo las prendas de la óptima cosecha que se prepara, y al vislumbrar al Espíritu creador que se cierne, como en los primeros tiempos, sobre las turbias aguas, repite con la Iglesia estas consoladoras palabras del Salmista: “Enviaréis a vuestro Espíritu y se hará una nueva creación y renovaréis la faz de la tierra”.»

Y decíamos: Y estas líneas condensan toda la Teología de la Historia.

Y ahora, tras diez años, repetimos lo mismo.

#### **Total pesimismo humano**

#### **Total optimismo divino**

Humildemente, durante estos 63 artículos y diez años, hemos intentado contemplar aquella Teología, y comentarla, desde su cúspide —punta de 1917.

Estudiamos toda la historia contemporánea de antes de 1917 y la de después. Que ha sido, y es, arrolladora bola de nieve que se despeña y crece en progresión geométrica. Decíamos que el mundo había variado tanto desde 1789 (Rev. Francesa), a 1917, como de 1917 a nuestros días. Llegará, quizá, si se quiere, exagerando las cosas, quien arribe a creer que 1917 ha sido el momento cúspide de la Teología milenaria de nuestra Era, y que la rápida pendiente de vertiginoso descenso, arrastra, cuesta abajo, lo

que tan lenta y trabajosamente se construyó durante largos siglos, cuesta arriba.

¿Resumen?

¿Conclusión?

¿Optimismo y pesimismo?

Humanamente hablando, el lector que nos ha seguido, advertirá, y lo debemos confesar, que somos, en forma total, humanamente, pesimistas. El panorama general, y el estudio profundo de nuestra época no nos permite más.

Nadie puede detener la Humanidad en el camino del desastre. Seamos francos. Y esta misma afirmación era la de nuestro Padre Orlandis.

Ya sabemos que a él —y, con mayor razón, a sus discípulos— se nos calificó de pesimistas siempre. Y lo somos. Todo cuanto hemos escrito durante estos 10 años conduce a esta fatal conclusión. Ojalá nos equivoquemos. Y que estos sempiternos y apasionados optimistas, que en su indiscutible buena fe, en su idealismo, creen aun en los valores humanos y en los de la Sociedad humana, puedan, pudiesen, reírse justamente de nosotros y echarnos un mentís. ¿Qué más desearíamos?

Pero no seamos ingenuos. La pendiente abajo, desde 1917, es *irreversible* y su inclinación nos arrastra a velocidades con aumento, ya no aritmético como antaño, sino *geométrico*.

Digámoslo de una vez. Satanás, el Príncipe de este Mundo, está venciendo en toda línea. Nos lleva una ventaja humanamente insuperable.

### ¿Cómo vencer a Satanás, hoy triunfante y arrollador?

Como decíamos en nuestro anterior artículo, nos relata el Evangelio que Jesús, en una ocasión mandó a sus Apóstoles y discípulos en Misión —fue la primera Misión de la Historia— a enseñar, curar y arrojar a los demonios.

Pero volvieron derrotados. El primer desastre público —que no había de ser el único, sino que se ha perpetuado, por permisión divina, tantas veces— en su tarea. Señor ¡le dijeron— no hemos podido con estos demonios!

Y era verdad. Aun cuando parezca imposible, fracasaron todos sus exorcismos.

Mas Jesús les aclaró lo que parecía desconcertante. Y nos enseñó. Y veinte siglos después, nos lo sigue proclamando. Como lo sigue haciendo (si escuchamos su vez) ahora, en que seguimos sin poder con Satanás, que nos vence sin remedio, y con victoria harto visible.

Jesús les dijo —y nos enseñó— que aquellos demonios, sin duda muy altos en su relación con su

Príncipe de las Tinieblas, no se arrojaban con solo exorcismos. SOLAMENTE UNA ORACION, Y UNA PENITENCIA MUY ESPECIALES PODIAN CONTRA ELLOS.

### Oración nueva y misteriosa

¿Cuál será esta oración?

Ante tan formidable Poder, solo cabe la que significábamos en nuestro penúltimo artículo LXII de esta serie. Oración muy especial.

En el fondo, es la humildad, y el camino, paradójicamente formidable y sublime, de la sencilla Infancia espiritual que nos enseñara Santa Teresa del Niño Jesús. Mas, ante el espectáculo de hoy, siguiendo su Escuela —aguzándola, osaríamos decir— mas enfocándola de un modo que las circunstancias obligan a calificar de nuevo.

\* \* \*

Los grandes capitanes de la Historia, en sus guerras, en sus grandes momentos de suprema angustia, apelaban a sus tropas a «formar el cuadro».

Era el último recurso. Lo que en mentalidades, místicas, patrióticas de antaño se simbolizaba en aquellos escuadrones: los «húsares de la muerte», dispuestos a todo por el gran Federico; más tarde en la literatura bélica, lo que se ha llamado «la Desperata». En el Japón, los «kamikaces» del sacrificio supremo, sin recompensa.

Pero que siguen teniendo, para nosotros, y siempre por analogía, una significación.

Sólo podremos conseguir el triunfo de Cristo con nuestro más absoluto sacrificio. Como con una verdadera «desesperación», aniquilándonos a nosotros mismos.

¿Qué importaría? Si amamos a nuestro Capitán Jesús como merece, para su triunfo, ¿no aceptaríamos gozosos —sin premio, porque su triunfo es nuestro mejor premio, que ni El mismo puede mejorar— esta aniquilación ¿No renunciaríamos a premios, a glorias personales, incluso eternas, ante Aquel a Quien amamos más que a nosotros?

En una ocasión, el mismo y tan repetido Maestro Padre Orlandis, nos leía aquella sublime poesía de Costa y Llobera, «ADORANT»:

Dins l'avenc tenebrós de ma baixesa  
postrat en sant terror,  
oh abisme sense fi de la grandesa!  
oh Deu!, jo vos ador.

Baix del carro vivent i formidable  
de vostra majestat,  
batega el cor en confusió inefable  
d'amor i feredat.

A vostres peus, oh Rei de la victòria!  
jo el tir com una flor:  
passauli per damunt en vostra glòria,  
passau sobre mon cor.

Que l'esclafin les rodes sacrosantes  
que aixequen pols de llum;  
sols que puga, morint a vostres plantes  
donar-vos un perfum.

Sols que juga mon cor, perdent la vida,  
amb son batec final  
alçarvos una nota mes sentida  
dins l'himne universal!

(Dentro del abismo tenebroso de mi baja-  
za — postrado en santo terror — ob abis-  
mo sin fin de la grandeza. — Oh Dios, yo  
os adoro. — Bajo el carro vivo y formida-  
ble — de vuestra Majestad — bate el cora-  
zón en confusión inefable — de amor y de  
temor — A vuestros pies, oh Rey de la vic-  
toria — lo echo como una flor — pasadle  
encima mejor en vuestra gloria — pasad so-  
bre mi corazón! — Que lo aplasten las rue-  
das sacrosantas — que levantan polvaredas  
de gran luz — tan sólo que pueda, yo, mu-  
riendo a vuestras plantas— ofreceros un  
perfume capital — Que tan sólo pueda mi  
corazón, perdiendo la vida — en su último  
latido — levantaros una nota más sentida —  
en el himno universal!!!)

¡Qué le aplasten las ruedas sacrosantas!

¿Qué más deseáramos, que el honor de ser aplas-  
tados por el carro de Dios? ¿Qué mejor destino, si  
podíamos, siquiera añadir un pequeño perfume? Si  
pensamos Quien es Dios infinito y merecedor de in-  
finitos homenajes, esta sublime poesía de Costa y  
Llobera no sólo es fruto de amor y admiración, sino  
de elemental evaluación, balanza y lógica. Dios, Prin-  
cipio y Fin de todas las cosas, infinitamente amable,  
lo merece, por Sí.

Mas aquí el P. Orlandis se detenía, tierna y san-  
tamente. Y comparaba este admirable poema con  
aquel otro, el de la Hoja deshojada de Santa Teresa  
del Niño Jesús, la cual, en su entrañable confianza  
en Dios, le juzgaba, a su vez y otra vez, aun, si cabe  
decirlo, inmensamente más amable, más dulce. Admi-  
rablemente lo veía, en otra forma de aniquilación,  
que lo era, mas no tanto. La Infancia espiritual se  
atreve a todo: hasta con Dios!:

Cette rose effeuillée est la fidèle image,  
Divin Enfant,  
Du coeur qui veut pour toi s'inmoler ans partage  
A chaque instant.

Seigneur, sur tes autels plus d'une fraîche rose,  
Aime à briller;  
Elle se donne à toi, mais je rêve autre chose  
C'est m'effeuiller...

La rose en són éclat peut embellir ta fête,  
Aimable Enfant!  
Mais la rose effeuillée, on l'oublie, on la jette  
Au gré du vent...  
La rose, en s'effeuillant, sans recherche se donne  
Pour n'être plus.  
Comme elle, avec bonheur, à toi je m'abandonne  
Petit Jésus!

L'on marche sans regret sur des feuilles de rose,  
Et ces débris  
Sont un simple ornement que sans art on dispose,  
Je l'ai compris...  
Jésus, pour ton amour j'ai prodigué ma vie,  
Mon avenir;  
Aux regards des mortels, rose à jamais flétrie  
Je dois mourir!

Sin embargo, el genio de Costa y Llobera y el de  
Santa Teresa del Niño Jesús, que el P. Orlandis veía  
separados, se nos antoja convergían.

### La «Locura de la Cruz» El salto desde el abismo, la victoria

Veamos nuestros artículos, en especial el anterior,  
el LXII.

Hemos visto el amor de Cristo.

Y que, si el amor a Dios nos debe llevar a la ado-  
ración y al sacrificio totales, el de Jesús, Hombre-  
Dios, ante las descomunales gracias, dignaciones, hu-  
millaciones y sufrimientos que por nosotros ha que-  
rido asumir, deben llevarnos, sencillamente, a la lo-  
cura.

La «locura de la Cruz».

Ante el espectáculo de Satanás, Príncipe de este  
mundo, venciendo, en toda línea, a nuestro Capitán,  
Cristo-Rey, no queda otro remedio que el que Este  
nos señala, y señaló a sus apóstoles cuando regre-  
saron derrotados: una Oración especial (precisamen-  
te, la misma de nuestro Apostolado de la Oración!),  
último aldabonazo a la Providencia para que inter-  
venga de una vez, y que estalle la Victoria, sobre la  
Historia y sobre el Cosmos entero, de Jesucristo,  
proclamado, definitivamente, Rey. Por sus propios  
merecimientos.

Que este ideal de la Realeza de Cristo, es lo mis-  
mo, es la consecuencia natural de cuanto se nos ilu-  
minó desde que se revelaron los inefables misterios  
de la Devoción al Corazón de Jesús.

Es para este ideal que debemos luchar «a la desesperata». Desesperadamente «contra toda esperanza». Esperando que no se nos dé premio ninguno; es más, deseándolo, y bien sincera y ardentemente. Confiamos en que sea así. Y que, siquiera de lejos, átomos nosotros de aquella Turba hacia la cual El sintió misericordia, le veamos triunfante para siempre. Rey, rodeado por todos sus santos, infinitamente mejores que nosotros.

### Los grandes santos de los últimos tiempos

Creemos que los Santos grandes que la Providencia tiene preparados para «los últimos tiempos», serán así. Futuros Santos, trabajadores no cómodos de la última hora, sino sufridos y pacientes, absoluta y totalmente desinteresados, siempre incomprendidos —aun cuando, por un imposible, lo fuesen de Dios mismo y para El anónimos— que con su sacrificio, y, si es necesario, menguando su participación en la Gloria eterna, provoquen la ansiada intervención de la Providencia. Y, en fin, su para nosotros tan ansiado: el divino ¡BASTA!

Y a Cristo-Rey reivindicado como tal. Reinando, aun cuando sea viniendo sobre las nubes del Cielo.

Nos bastará, para nuestra felicidad, verlo algún día. Pero, si necesario fuese, si fuésemos lógicamente sus amante locos, «a la desesperada», admitiríamos, gozosos, ni tan siquiera participar ni ver personalmente tal Triunfo.

\* \* \*

A esto nos ha llevado nuestro largo camino de 10 años. Tras 1917 viene ya feliz augurio —aun cuando hoy parece herido por quienes antojan juntarse con aquellos «que no le recibieron»—, el 1925-1927, con la roclamación gloriosa y previsible del grande Pío XI: la señal de que Cristo es Rey. La Idea-Fuerza, única que nos puede levantar, hoy por tantos olvidada: la Idea-Fuerza de Cristo-Rey.

### Invocación final María «Auxilium Christianorum» y más fuerte que un ejército

Cerramos, definitivamente, nuestra labor, y, al hacerlo, debe ser bajo la advocación de nuestra Madre María, Madre de Dios.

Comenzamos, precisamente, esta serie de artículos invocándola. Nuestro primer apartado se titulaba «El Mensaje de María». Iniciábamos nuestro estudio, culminación del trascendental 1917, colocándolo precisamente bajo el signo —en aquel mismo año—, de FATIMA. La más alta y última llamada de María.

Hemos hallado nuestro ideal, nuestra salvación, nuestro todo, en la Idea-Fuerza de Cristo-Rey.

Pero, ¿quién puede conseguir el fruto de esta Idea-Fuerza, más que su Madre, «Auxilium Christianorum», poderosa «como ejército en orden de batalla»?

Ella, «quebrantará tu cabeza» (Gén. 3-15). Con esta profecía, en el Génesis, comienza, literalmente, la Teología de la Historia, que se cierra, con la Escritura toda, en aquel grito final del Apocalipsis: «¡Ven Señor Jesús!» (Apoc. 22-20).

Dentro del espíritu del Padre Orlandis, debemos al que fue su sucesor en «Schola Cordis Jesu», sencillo, breve en su presencia entre nosotros, quizá poco recordado, el R. P. Segura, S. J., el habernos hecho gustar especialmente de las enseñanzas de los dos grandes Marianos: San Bernardo y el B. Grignon de Monfort.

Es por ellos que hemos aprendido la más dulce e inefable de las verdades.

Dios Padre ha creado el Paraíso para sus escogidos, pero no para su Hijo, que no podía, en su plenitud de su Divinidad, necesitar de él.

Pero Dios sí que creó para su Hijo su Obra Maestra. Una Madre. Quiso que su Hijo gustase, hecho niño, tierno, pequeño, frágil, de las delicias sin límites del regazo de la mejor de las madres.

Quizá, aparte de la Redención —presienten teólogos grandes en la piedad— Dios Hijo se hubiera encarnado. No sólo para «divinizar» a una Humanidad no pecadora en Adán, sino para gustar de las delicias maternas, y sus mimos, como infante. Inefable misterio: venir a hallar en la Tierra un Paraíso, Aquel que no cabía en el Cielo, ni en las infinitas Galaxias del Cosmos.

\* \* \*

¿Qué fuerza, por tanto, no debe tener aquella Madre que «lo envolvió en pañales y recostóle en un pesebre» (Luc. 2-7), dando un Paraíso de ternuras al mismo Dios, que parecía necesitado de ellas, en tanto que «guardaba siempre estas cosas en su corazón (Luc. 2-52)?

En las adversidades, en las tribulaciones —tanto más en nuestros procelosos y tenebrosos tiempos—, hemos de oír, repetidamente, el grito de San Bernardo: «RESPICE STELLAM». ¡«Mira la Estrella»! Como los navegantes buscan ansiosos, en las tinieblas que anteceden al alba, la «Stella matutina», signo de camino, de vida y de salud!

Ella. Es Ella quien nos debe despertar y atraer hacia esta mística, esta dedicación, esta locura sin límites *fascinados* por la Idea-Fuerza de Cristo-Rey. También Teresa del Niño Jesús exclamaba: «Je veux être fascinée!»

Y pongamos fin a nuestra labor, acogiéndonos a la bendición sublime, a la invocación, también final, de Pío XII en su inmortal «Haurietis Aquas» que tanto hemos gustado, tras mancomunado, confirmada

para siempre la identidad de la Devoción y del amor hacia el Corazón Sagrado con la Idea-Fuerza de Cristo-Rey:

«A fin de que la devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos en la familia cristiana y aun en toda la Humanidad, procuren los fieles unir a ella estrechamente la Devoción al Corazón Inmaculado de la Madre de Dios. Ha sido voluntad de Dios que, en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo; tanto que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales fueron asociados íntimamente el amor y los dolores de su Madre. Por eso conviene que el pue-

blo cristiano, que de Jesucristo por medio de María ha recibido la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial los correspondientes obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. EN ARMONIA CON ESTE SAPIENTISIMO Y SUAVISIMO DESIGNIO DE LA DIVINA PROVIDENCIA, NOS MISMO, CON ACTO SOLEMNE DEDICAMOS Y CONSAGRAMOS LA SANTA IGLESIA Y EL MUNDO ENTERO AL CORAZON INMACULADO DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA.»

LUIS CREUS VIDAL

FIN

## S U M A R I O

- LA VIRGEN DE GUADALUPE, Alfonso Junco.
- HISPANOAMERICA, Francisco Canals Vidal.
- EL DIA DE LA HISPANIDAD, Luis Comas Zabala.
- LA CONVERSION DE AMERICA EN LA PROFECIA DE ISAIAS, Zacarías de Vizcarra.
- LAS LEYES DE INDIAS, Narciso Torres Riera.
- LA IMAGEN MILAGROSA DE FATIMA ATRAE MULTITUDES EN AMERICA HISPANA, C. A. Soares Correa.
- ¡VIV A ESPAÑA, MADRE DE AMERICA!, María A. López Suñé.
- IDENTIDAD CRISTIANA EN LA ACCION POR LA JUSTICIA, Fragmento del Documento colectivo de la Conferencia episcopal de Colombia.
- LA REPARACION Y EL TRIUNFALISMO EN LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON, P. Francisco Segarra, S. I.
- Nota bibliográfica: LITUANIA TIERRA DE FE, M. L. S.
- SOÑANDO CON EL BUEN FRAILE TOMAS, M. M. Doménech.
- AL MEDIO SIGLO — 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA — CONCLUSION. LXIII, Luis Creus Vidal.
- VIGILANCIA Y ENERGIA MORAL PARA RESISTIR A LAS TENTACIONES DEL MUNDO, Paulo VI.

# VIGILANCIA Y ENERGIA MORAL PARA RESISTIR LAS TENTACIONES DEL MUNDO

«L'Osservatore Romano», 24-2-77

Ciudad del Vaticano, 24. — El siniestro y negativo «dominio del diablo sobre la tierra y sobre los mismos hombres dominados, tentados y arruinados por el espíritu del mal» fue denunciado por el Papa, quien volvió una vez más a plantear la influencia satánica sobre la humanidad.

La existencia de «otro mundo que no es tan bello, sino que, más bien y al contrario de aquel cristiano, es el de la humanidad que rechaza, se revela y se separa de Dios», dan lugar, según el Santo Padre, a la proliferación del «laicismo y del ateísmo», como expresión de una «humanidad que dice: no quiero saber de Cristo y de Dios».

«Este es el mundo —añadió Paulo VI— llamado nada menos que el reino del «príncipe de este mundo». ¿Quién es el «príncipe de este mundo? Es el diablo».

Para el Pontífice «el mundo está bajo el dominio de una potencia grande, infatigable, operativa: el espíritu de Satanás, que trabaja en la humanidad, la cual rechaza el temor a Dios junto a ella».

«El mundo —dice el Papa— en este sentido peyorativo, significa la parte de la humanidad que rechaza la luz de Cristo y que mira esta vida con criterios contrarios al Evangelio, a la fe cristiana.»

Subrayó el Papa que «estamos viviendo precisamente en este mundo en un ambiente contaminado por el mal, del que tenemos que inmunizarnos». Y, para ello, se requiere una profilaxis moral, que afronte el drama de la lucha entre el bien y el mal, con «un carácter de combate, de milicia».

Invitó el Pontífice a invocar la ayuda de Dios ante «las dificultades que se interponen en nuestro camino, esto es, ante la tentación». Porque, aun siendo seres libres, estamos, «también provocados continuamente» y «nuestro sentido moral nos obliga a estar siempre vigilantes para no dejarnos llevar de esa tendencia a experimentar todo, bajo el pretexto de robustecer nuestra personalidad».

Paulo VI concluyó exhortando a «no perder el verdadero sentido de los valores» y «colocarnos al lado de Cristo», que nos ha prometido su asistencia». — Efe.

(Tomado de «La Vanguardia»)

---

## LA UNICA SOLUCION

La fe cristiana nos lleva a creer que no hay solución para los grandes problemas del hombre fuera de Jesucristo. Tenemos el urgente deber de devolver al corazón de nuestros cristianos el convencimiento práctico de que Jesús significa salvador. El es la piedra angular; un pueblo cristiano que emprendiera la gran aventura de edificar su ordenamiento político-social rechazándola, construiría en vano; porque no hay bajo cielo otro nombre dado a los hombres por el que podamos salvarnos.

(Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo de Toledo, Alocución pastoral.)